

*John Cheever*

# **La Geometría Del Amor**

Título original: *The Stories of John Cheever*

## *Indice*

Una visión del mundo.....	2
El ladrón de Shady Hill.....	7
El mundo de las manzanas.....	20
El nadador.....	28
Adiós, hermano mío.....	36
Reunión.....	50

## ***Una visión del mundo***

---

Esto lo escribo en otra casa de campo a orillas del mar, sobre la costa. La ginebra y el whisky han marcado anillos en la mesa frente a la cual me siento. Hay poca luz. De la pared cuelga una litografía coloreada de un gatito que tiene puestos un sombrero adornado con flores, un vestido de seda y guantes. El aire huele a mohó, pero yo creo que es un olor grato, vivificante y carnal, como el agua de la sentina y el viento en tierra. Hay marea alta, y el mar bajo el farallón golpea los muros de contención y las puertas y sacude las cadenas con fuerza tal que salta la lámpara sobre mi mesa. Estoy aquí, solo, para descansar de una sucesión de hechos que comenzó un sábado por la tarde, cuando estaba paleando en mi jardín. Treinta o cincuenta centímetros bajo la superficie descubrí un pequeño recipiente redondo que podía haber contenido cera para lustrar zapatos. Con un cortaplumas abrí el recipiente. Dentro encontré un pedazo de tela encerada, y al desplegarla hallé una nota escrita sobre papel rayado. Leí: «Yo, Nils Jugstrum, me prometo que si al cumplir los veinticinco años no soy socio del Club Campestre de Arroyo Gory, me ahorcaré». Sabía que veinte años antes el vecindario en que vivo era tierra de cultivo, y supuse que el hijo de un agricultor, mientras contemplaba los verdes senderos del arroyo Gory, habría formulado su juramento y lo habría enterrado en el suelo. Me conmovieron, como me ocurre siempre, esas líneas irregulares de comunicación en las cuales expresamos nuestros sentimientos más profundos. A semejanza de un impulso de amor romántico, me pareció que la nota me sumergía más profundamente en la tarde.

El cielo era azul. Parecía música. Acababa de cortar el pasto y su fragancia impregnaba el aire. Me recordaba esos avances y esas promesas de amor que practicamos cuando somos jóvenes. Al final de una carrera pedestre uno se echa sobre la hierba, junto a la pista, jadeante, y el ardor con que abraza la hierba de la escuela es una promesa a la cual se atenderá todos los días de su vida. Mientras pensaba en cosas pacíficas, advertí que las hormigas negras habían vencido a las rojas, y estaban retirando del campo los cadáveres. Pasó volando un petirrojo, perseguido por dos grajos. El gato estaba en el seto de uvas, acechando a un gorrión. Pasó una pareja de oropéndolas tirándose picotazos, y de pronto vi, a menos de medio metro de donde estaba, una culebra venenosa que se despojaba del último tramo de su oscura piel de invierno. No sentí temor ni miedo, pero me impresionó mi falta de preparación para este sector de la muerte. Aquí encontraba un veneno letal, parte de la tierra tanto como el agua que corría en el arroyo, pero pareció que no le había reservado un lugar en mis reflexiones. Volví a casa para buscar la escopeta, pero tuve la mala suerte de encontrarme con el más viejo de mis perros, una perra que teme a las armas. Cuando vio la escopeta, comenzó a ladrar y a gemir, atraída sin piedad por sus instintos y sus sentimientos de ansiedad. Sus ladridos atrajeron al segundo perro, por naturaleza cazador, que bajó saltando los peldaños, dispuesto a cobrar un conejo o un pájaro; y seguido por dos perros, uno que ladraba de alegría y el otro de horror, regresé al jardín a tiempo para ver que la víbora desaparecía entre las grietas de la pared de piedra.

Después, fui en automóvil al pueblo y compré semillas de hierba, y más tarde fui al supermercado de la Ruta 27 para comprar unos brioches que había pedido mi esposa. Creo que en estos tiempos uno necesita una cámara para filmar un supermercado el sábado por la tarde. Nuestro lenguaje es tradicional, y representa la acumulación de siglos de relaciones. Excepto las formas de los productos, mientras esperaba no pude ver nada tradicional en el mostrador de la panadería. Éramos seis o siete personas, y nos demoraba

un viejo que tenía una larga lista, una relación de alimentos. Mirando por encima de su hombro leí:

*6 huevos  
entremeses*

Me vio leyendo el papel y lo apretó contra el pecho, como un prudente jugador de naipes. De pronto, la música funcional pasó de una canción de amor a un cha-cha-cha, y la mujer que estaba al lado comenzó a mover tímidamente los hombros y a ejecutar algunos pasos. «Señora, ¿desea bailar?», pregunté. Era muy fea, cuando abrí los brazos avanzó un paso y bailamos un minuto o dos. Era evidente que le encantaba bailar, pero con una cara como la suya seguramente no tenía muchas oportunidades. Entonces, se sonrojó intensamente, se desprendió de mis brazos y se acercó a la vitrina de vidrio, donde estudió atentamente los pasteles de crema. Me pareció que había dado un paso en la dirección apropiada, y cuando recibí mis brioches y volví a casa estaba muy contento. Un policía me detuvo en la esquina de la calle Alewives, para dar paso a un desfile. Al frente marchaba una joven calzada con botas y vestida con pantalones cortos que destacaban la delgadez de sus muslos. Tenía una nariz enorme, llevaba un alto sombrero de piel y subía y bajaba un bastón de aluminio. La seguía otra joven, de muslos más finos y más amplios, que marchaba con la pelvis tan adelantada al resto de su propia persona que la columna vertebral se le curvaba de un modo extraño. Usaba gafas, y parecía sumamente molesta a causa del avance de la pelvis. Un grupo de varones, con el agregado aquí y allá de un campanero de cabellos canos, cerraba la retaguardia y tocaba Los cajones de municiones avanzan. No llevaban estandartes, por lo que podía ver no tenían finalidad ni destino y todo me pareció muy divertido. Me reí el resto del camino a casa.

Pero mi esposa estaba triste.

–¿Qué pasa, querida? –pregunté.

–Tengo esa terrible sensación de que soy un personaje, en una comedia de televisión – dijo–. Quiero decir que mi aspecto es agradable, estoy bien vestida, tengo hijos atractivos y alegres, pero experimento esa terrible sensación de que estoy en blanco y negro y de que cualquiera me puede apagar. Es sólo eso, que tengo esa terrible sensación de que me pueden borrar. –Mi esposa a menudo está triste porque su tristeza no es una tristeza triste, y dolida porque su dolor no es un dolor aplastante. Le pesa que su pesar no sea un pesar agudo, y cuando le explico que su pesar acerca de los defectos de su pesar puede ser un matiz diferente del espectro del sufrimiento humano, eso no la consuela. Oh, a veces me asalta la idea de dejarla. Puedo concebir una vida sin ella y los niños, puedo arreglarme sin la compañía de mis amigos, pero no soporto la idea de abandonar mis prados y mis jardines. No podría separarme de las puertas del porche, las que yo reparé y pinté, no puedo divorciarme de la sinuosa pared de ladrillos que levanté entre la puerta lateral y el rosal; y así, aunque mis cadenas están hechas de césped y pintura doméstica, me sujetarán hasta el día de mi muerte. Pero en ese momento agradecía a mi esposa lo que acababa de decir, su afirmación de que los aspectos externos de su vida tenían carácter de sueño. Las energías liberadas de la imaginación habían creado el supermercado, la víbora y la nota en la caja de pomada. Comparados con ellos, mis ensueños más desordenados tenían la literalidad de la doble contabilidad. Me complacía pensar que nuestra vida exterior tiene el carácter de un sueño y que en nuestros sueños hallamos las virtudes del conservadurismo. Después, entré en la casa, donde descubrí a la mujer de la limpieza fumando un cigarrillo egipcio robado y armando las cartas rotas que había encontrado en el canasto de los papeles.

Esa noche fuimos a cenar al Club Campestre Arroyo Gory. Consulté la lista de socios, buscando el nombre de Nils Jugstrum, pero no lo encontré, y me pregunté si se habría

ahorcado. ¿Y para qué? Lo de costumbre. Gracie Masters, la hija única de un millonario que tenía una funeraria, estaba bailando con Pinky Townsend. Pinky estaba en libertad, con fianza de cincuenta mil dólares, a causa de sus manejos en la Bolsa de Valores. Una vez fijada la fianza, extrajo de su billetera los cincuenta mil. Bailé una pieza con Millie Surcliffe. Tocaron Lluvia, Claro de luna en el Ganges, Cuando el petirrojo rojo rojo viene buscando su antojo, Cinco metros dos, hay tus ojos, Carolina por la mañana y El Jeque de Arabia. Se hubiera dicho que estábamos bailando sobre la tumba de la coherencia social. Pero, si bien la escena era obviamente revolucionaria, ¿dónde está el nuevo día, el mundo futuro? La serie siguiente fue Lena, la de Palesteena, Porsiemprejamás soplando burbujas, Louisuille Lou, Sonrisas, y de nuevo El petirrojo rojo rojo. Esta última pieza de veras nos hace brincar, pero cuando la banda lanzó a pleno sus instrumentos vi que todos meneaban la cabeza con profunda desaprobación moral ante nuestras cabriolas. Millie regresó a su mesa, y yo permanecí de pie junto a la puerta, preguntándome por qué se me agita el corazón cuando veo que la gente abandona la pista de baile después de una serie; se agita lo mismo que se agita cuando veo mucha gente que se reúne y abandona una playa mientras la sombra del arrecife se extiende sobre el agua y la arena, se agita como si en esas amables partidas percibiese las energías y la irreflexión de la vida misma.

Pensé que el tiempo nos arrebatara bruscamente los privilegios del espectador, y en definitiva esa pareja que charla de forma estridente en mal francés en el vestíbulo del Grande Bretagne (Atenas) somos nosotros mismos. Otro ocupó nuestro puesto detrás de las macetas de palmeras, nuestro lugar tranquilo en el bar, y expuestos a los ojos de todos, obligadamente miramos alrededor buscando otras líneas de observación. Lo que entonces deseaba identificar no era una sucesión de hechos sino una esencia, algo parecido a esa indescifrable colisión de contingencias que pueden provocar la exaltación o la desesperación. Lo que deseaba hacer era conferir, en un mundo tan incoherente, legitimidad a mis sueños. Nada de todo eso me agrió el humor y bailé, bebí y conté cuentos en el bar hasta cerca de la una, cuando volvimos a casa. Encendí el televisor y encontré un anuncio comercial que, como tantas otras cosas que había visto ese día, me pareció terriblemente divertido. Una joven con acento de internado preguntaba:

—¿Usted ofende con olor de abrigo de piel húmedo? Una capa de marta de cincuenta mil dólares sorprendida por la lluvia puede oler peor que un viejo sabueso que estuvo persiguiendo a un zorro a través de un pantano. Nada huele peor que el visón húmedo. Incluso una leve bruma consigue que el cordero, la mofeta, la civeta, la marta y otras pieles menos caras pero útiles parezcan tan malolientes como una leonera mal ventilada en un zoológico. Defiéndase de la vergüenza y el sentimiento de ansiedad mediante breves aplicaciones de Elixircol antes de usar sus pieles... —Esa mujer pertenecía al mundo del sueño, y así se lo dije antes de apagarla. Me dormí a la luz de la luna y soñé con una isla.

Yo estaba con otros hombres, y parecía que había llegado allí en una embarcación de vela. Recuerdo que tenía la piel bronceada, y cuando me toqué el mentón sentí que tenía una barba de tres o cuatro días. La isla estaba en el Pacífico. En el aire flotaba un olor de aceite comestible rancio —un indicio de la proximidad de la costa china—. Desembarcamos en mitad de la tarde, y me pareció que no teníamos mucho que hacer. Recorrimos las calles. El lugar había sido ocupado por el ejército, o había servido como puesto militar, porque muchos de los signos de las ventanas estaban escritos en inglés defectuoso. «Crews Cutz» (cortes de cabello), leí en un cartel de una peluquería oriental. Muchas tiendas exhibían imitaciones de whisky norteamericano. Whisky estaba escrito «Whikky». Como no teníamos nada mejor que hacer, fuimos a un museo local. Vimos arcos, anzuelos primitivos, máscaras y tambores. Del museo pasamos a un restaurante y pedimos una comida. Tuve que debatirme con el idioma local, pero lo que me sorprendió fue que parecía tratarse de una lucha bien fundada. Tuve la sensación de que había estudiado el

idioma antes de desembarcar. Recordé claramente que formulé una frase cuando el camarero se acercó a la mesa. –Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zylopocz ciwego –dije. El camarero sonrió y me elogió, y cuando desperté del sueño, el uso del lenguaje determinó que la isla al sol, su población y su museo fuesen reales, vívidos y duraderos. Recordé con añoranza a los nativos serenos y cordiales, y el cómodo ritmo de su vida.

El domingo pasó veloz y agradable en una ronda de reuniones para beber cócteles, pero esa noche tuve otro sueño. Soñé que estaba de pie frente a la ventana del dormitorio de la casa de campo de Nantucket que alquilamos a veces. Yo miraba en dirección al sur, siguiendo la delicada curva de la playa. He visto playas más hermosas, más blancas y espléndidas, pero cuando miro el amarillo de la arena y el arco de la curva, siempre tengo la sensación de que si miro bastante tiempo la caleta me revelará algo. El cielo estaba nublado. El agua era gris. Era domingo... aunque no podía decir cómo lo sabía. Era tarde, y de la posada me llegaron los sonidos tan gratos de los platos, y seguramente las familias estaban tomando su cena del domingo por la noche en el viejo comedor de tablas machimbradas. Entonces vi bajar por la playa una figura solitaria. Parecía un sacerdote o un obispo. Llevaba el báculo pastoral, y tenía puestas la mitra, la capa pluvial, la sotana, la casulla y el alba para la gran misa votiva. Tenía las vestiduras profusamente recamadas de oro, y de tanto en tanto el viento del mar las agitaba. La cara estaba bien afeitada. No puedo distinguir sus rasgos a la luz cada vez más escasa. Me vio en la ventana, alzó una mano y dijo: –Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zylopocz ciwego.–Después, continuó caminando deprisa sobre la arena, utilizando el báculo como bastón, el paso estorbado por sus voluminosas vestiduras. Dejó atrás mi ventana, y desapareció donde la curva del farallón concluye con la curva de la costa.

Trabajé el lunes, y el martes por la mañana, a eso de las cuatro, desperté de un sueño en el cual había estado jugando al béisbol. Era miembro del equipo ganador. Los tantos eran seis a dieciocho. Era un encuentro improvisado de un domingo por la tarde en el jardín de alguien. Nuestras esposas y nuestras hijas miraban desde el borde del césped, donde había sillas, mesas y bebidas. El incidente decisivo fue una larga carrera, y cuando se marcó el tanto una rubia alta llamada Helene Farmer se puso de pie y organizó a las mujeres en un coro que vivó:

–Ra, ra, ra –gritaron–. Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zylopocz ciwego. Ra, ra, ra.

Nada de todo esto me pareció desconcertante. En cierto sentido, era algo que había deseado. ¿Acaso el anhelo de descubrir no es la fuerza indomable del hombre? La repetición de esta frase me excitaba tanto como un descubrimiento. El hecho de que yo hubiera sido miembro del equipo ganador determinaba que me sintiera feliz, y bajé alegremente a desayunar, pero nuestra cocina lamentablemente es parte del país de los sueños. Con sus paredes rosadas lavables, sus frías luces, el televisor empotrado (donde se rezaban las oraciones) y las plantas artificiales en sus macetas, me indujo a recordar con nostalgia mi sueño, y cuando mi esposa me pasó el punzón y la Tableta Mágica en la cual escribimos la orden de desayuno, escribí: Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zylopocz ciwego. Ella se rió y me preguntó qué quería decir. Cuando repetí la frase –en efecto, parecía que era lo único que deseaba decir– se echó a llorar, y por la tristeza que expresaba en sus lágrimas comprendí que era mejor que yo descansara un poco. El doctor Howland vino a darme un sedante, y esa tarde viajé en avión a Florida.

Ahora es tarde. Me bebo un vaso de leche y me tomo un somnífero. Sueño que veo a una bonita mujer arrodillada en un trigal. Tiene abundantes cabellos castaños claros y la falda de su vestido es amplia. Su atuendo parece anticuado –quizá anterior a mi época y me asombra conocer a una extraña vestida con prendas que podía haber usado mi abuela, y también que me inspire sentimientos tan tiernos. Y sin embargo, parece real... más real que

el camino Tamiami, seis kilómetros hacia el este, con sus puestos de Smorgorama y Giganticburger, más real que las calles laterales de Sarasota No le pregunto quién es. Sé lo que dirá. Pero entonces ella sonríe y empieza a hablar antes de que yo pueda alejarme. "Porpozec ciebie... ", empieza a decir. Entonces, me despierto desesperado, o me despierta el sonido de la lluvia sobre las palmeras. Pienso en un campesino que, al oír el ruido de la lluvia, estirará sus huesos derrengados y sonreirá, pensando que la lluvia empapa sus lechugas y sus repollos, su heno y su avena, sus zanahorias y su maíz. Pienso en un fontanero que, despertado por la lluvia, sonríe ante una visión del mundo en el cual todos los desagües están milagrosamente limpios y desatascados. Desagües en ángulo recto, desagües curvos, desagües torcidos por las raíces y herrumbrosos, todos gorgotean y descargan sus aguas en el mar. Pienso que la lluvia despertará a una vieja dama, que se preguntará si dejó en el jardín su ejemplar de Dombey and Son. ¿Su chal? ¿Cubrió las sillas? Y sé que el sonido de la lluvia despertará a algunos amantes y que su sonido parecerá parte de esa fuerza que arrojó a uno en brazos del otro. Después, me siento en la cama y exclamo en voz alta, para mí mismo:

—¡Calor! ¡Amor! ¡Virtud! ¡Compasión! ¡Esplendor! ¡Bondad! ¡Sabiduría! ¡Belleza! —  
Se diría que las palabras tienen los colores de la tierra, y mientras las recito siento que mi esperanza crece, hasta que al fin me siento satisfecho y en paz con la noche.

*The New Yorker*, 29 de septiembre de 1962.

## ***El ladrón de Shady Hill***

---

Me llamo Johnny Hake. Tengo treinta y seis años, y descalzo mido un metro setenta, desnudo peso setenta kilogramos, y por así decirlo ahora estoy desnudo y hablando a la oscuridad. Fui concebido en el Hotel Saint Regis, nací en el Hospital Presbiteriano, me crié en Sutton Place, fui bautizado y confirmado en San Bartolomeo, estuve con los Knickerbocker Greys, jugué al fútbol y al béisbol en Central Park, aprendí a actuar en el marco de los toldos de las casas de apartamentos del East Side, y conocí a mi esposa (Christina Lewis) en uno de esos grandes cotillones del Waldorf. Estuve cuatro años en la Marina, ahora tengo cuatro hijos, y vivo en una zona periférica llamada Shady Hill. Tenemos una bonita casa con jardín y un lugar exterior para asar carne, y las noches de verano, cuando me siento allí con los niños y miro la pechera del vestido de Christina que se inclina hacia delante para salar la carne, o que simplemente contempla las luces del cielo, me emociono tanto como puede ser el caso con actividades más temerarias y peligrosas, y creo que a eso se refieren cuando hablan del sufrimiento y la dulzura de la vida.

Cuando terminó la guerra comencé a trabajar con un fabricante de parablend, y pareció que ése sería mi modo de ganarme la vida. Era una firma patriarcal; es decir, el anciano de la familia nos ponía a trabajar en una cosa y después nos pasaba a otra, y se metía en todo -la fábrica de Jersey y la planta procesadora de Nashville- y se confortaba como si hubiese organizado la empresa entera durante una siesta. Con la mayor agilidad posible evitaba cruzarme en el camino con el anciano, y ante él me comportaba como si con sus propias manos hubiese moldeado el barro de mi persona, y después me hubiera dado el aliento de la vida. Pertenece a la clase de déspota que necesita lo representen, y ésa era la tarea de Gil Bucknam. Era la mano derecha, la pantalla y el conciliador del anciano, pero comenzó a faltar a la oficina, al principio un día o dos, después dos semanas, y finalmente más tiempo. Cuando regresaba, se quejaba de que le dolía el estómago o tenía problemas con la vista, aunque todos podían ver que estaba bebido. El hecho no era tan extraño, porque beber mucho era una de las cosas que él tenía que hacer para la firma. El viejo lo aguantó un año, y después una mañana vino a mi oficina y me dijo que fuese al apartamento de Bucknam y lo despidiese.

Era una maniobra tan tortuosa y sucia como encargar al encargado de la oficina que despidiese al presidente de dirección. Bucknam era mi superior y llevaba muchos más años en la empresa; en otras palabras, un hombre que cuando me invitaba a beber con esa misma actitud estaba mostrando su condescendencia. Pero así trabajaba el anciano, y yo sabía lo que tenía que hacer. Fui al apartamento de Bucknam, y la señora Bucknam me dijo que esa tarde podía ver a Gil. Almorcé solo, y estuve en la oficina hasta poco más o menos las tres, y a esa hora fui caminando desde la oficina hasta el apartamento de los Bucknam, en la calle 70E. Estábamos a principios del otoño -se jugaba la Serie mundial- y en la ciudad comenzaba a desencadenarse una gran tormenta. Cuando llegué a casa de los Bucknam podía oír los sonoros estampidos y el olor de la lluvia. La señora Bucknam me recibió, y en su rostro parecían reflejarse todas las dificultades del último año, mal disimuladas por una espesa capa de polvo. Nunca había visto ojos tan apagados, y se había puesto uno de esos anticuados vestidos de verano con grandes flores estampadas. (Yo sabía que tenían tres hijos en la universidad, y una embarcación manejada por un hombre a sueldo, y muchos otros gastos.) Gil estaba acostado, y la señora Bucknam me invitó a pasar al dormitorio. La tormenta ya comenzaba, y todo estaba sumergido en una suave

semioscuridad, tan parecida al alba que se hubiera dicho que debíamos estar durmiendo y soñando, y no comunicándonos malas noticias.

Gil se mostró alegre, simpático y condescendiente, y dijo que le agradaba mucho verme; de su última visita a Bermudas había traído muchos regalos para mis hijos, pero había olvidado enviarlos.

-Querida, ¿quieres traer esas cosas? –pidió-. ¿Recuerdas dónde las pusimos? –Después, la esposa volvió a la habitación con cinco o seis paquetes grandes, de aspecto lujoso, y los depositó sobre sus rodillas.

Cuando pienso en mis hijos casi siempre lo hago con placer, y me agrada mucho llevarles regalos. Yo estaba encantado. Por supuesto, era una treta -supuse que de la mujer- y una de las muchas que ella seguramente había pensado durante el último año para defender su mundo. Vi que el papel de envolver no era nuevo, y cuando llegué a mi casa descubrí que eran algunos viejos suéteres de cachemira que las hijas de Gil no habían llevado a la universidad y un gorro a cuadros con una banda sucia. La comprobación acentuó mis sentimientos de simpatía ante las dificultades en que se encontraban los Bucknam. Cargado de paquetes para mis hijos y sudando simpatía por todos los poros, yo no podía descargar el hacha. Conversamos de la Serie Mundial y de varios asuntos menudos de la oficina, y cuando comenzaron la lluvia y el viento, ayudé a la señora Bucknam a cerrar las ventanas del apartamento, después me fui y bajo la tormenta volví a casa en tren, más temprano que de costumbre. Cinco días después Gil Bucknam arregló su situación, y volvió a su oficina a ocupar su lugar de siempre como la mano derecha del anciano, y lo primero que hizo fue comenzar a perseguirme. Me pareció que si mi destino hubiera sido la profesión de bailarín ruso, o de orfebre, o de pintor de bailarines Schuhplatler en cajones de escritorios y de paisajes en conchas marinas, y hubiera vivido en un lugar muy sórdido como Provincetown, no habría conocido a un grupo de hombres y mujeres más extraños que el que conocí en la industria de la parablend; y así decidí seguir mi propio camino.

Mi madre me enseñó a no hablar de dinero cuando había mucho, y yo siempre me resistí enérgicamente a mencionar el asunto cuando pasaba necesidad, de modo que no puedo ofrecer un panorama muy preciso de lo que ocurrió durante los seis meses siguientes. Alquilé una oficina -en realidad, un cubículo con un escritorio y un teléfono- y envié cartas, pero éstas rara vez tuvieron respuesta, y el teléfono lo mismo hubiera podido quedar desconectado, y cuando llegó el momento de pedir un préstamo no tenía a quien acudir. Mi madre odiaba a Christina, y de todos modos, no creo que tuviera mucho dinero, porque nunca me compró un abrigo o un sándwich de queso cuando yo era niño, sin explicarme que así disminuía su capital. Yo tenía muchos amigos, pero ni aunque mi vida hubiese dependido de eso habría pedido una copa a un hombre ni le habría solicitado un préstamo de quinientos dólares -y necesitaba más-. Lo peor era que no había explicado, ni mucho menos, la situación real a mi esposa.

Pensaba en ese asunto una noche, mientras nos vestíamos para ir a cenar a casa de los Warburton, en la misma calle. Christina estaba sentada frente a su mesa de tocador, poniéndose los pendientes. Es una bonita mujer en la flor de la vida, y su ignorancia de los asuntos financieros es absoluta. Tiene un cuello grácil, sus pechos resplandecían cuando se elevaban bajo la tela del vestido, y al ver el placer decente y sano con que contemplaba su propia imagen, no pude decirle que estábamos arruinados. Gracias a ella muchos aspectos de mi vida eran más gratos, y nada más que mirarla parecía renovar en mí la fuente de una límpida energía, gracias a la cual la habitación y los cuadros de la pared y la luna que podía



ver por la ventana parecían todos más vívidos y alegres. La verdad le arrancaría lágrimas, arruinaría su maquillaje y echaría a perder la cena con los Warburton, y después se iría a dormir al cuarto de huéspedes. En su belleza y el poder que ella ejercía sobre mis sentidos parecía haber tanta verdad como en el hecho de que estábamos en descubierto en el banco.

Los Warburton son ricos, pero no tienen mucha vida social; incluso es posible que no les importe. Ella es un ratoncito envejecido, y él es la clase de hombre con quien uno no habría simpatizado en la escuela. Tiene la piel enfermiza, la voz áspera y una idea fija: la lujuria. Los Warburton siempre están gastando, y de eso habla uno con ellos. El piso del vestíbulo principal es de mármol blanco y negro del antiguo Ritz, sus cabañas en Sea Island se cierran durante el invierno, vuelan a Davos a pasar diez días, compran un par de caballos de silla y construyen una nueva ala. Esa noche llegamos tarde, y los Meserve y los Chesney ya estaban, pero Carl Warburton aún no había vuelto a casa, y Sheila estaba preocupada.

-Carl tiene que pasar por un barrio horrible para llegar a la estación -dijo-, y lleva encima miles de dólares, y temo tanto que lo agredan... -Después, apareció Carl y contó un cuento verde al grupo mixto, y pasamos a cenar. Era la clase de reunión a la cual todos van después de tomar una ducha y ponerse la mejor ropa, y en que una vieja cocinera estuvo pelando hongos o limpiando mariscos desde la madrugada. Yo deseaba pasarlo bien. Eso quería, pero mis deseos no consiguieron mejorar mi ánimo esa noche. Me sentía como si fuese uno de aquellos horribles cumpleaños de mi niñez, a los que mi madre me llevaba con amenazas y promesas. La reunión terminó alrededor de las once y media, y volvimos a casa. Me quedé en el jardín, terminando uno de los cigarrillos de Carl Warburton. Era jueves por la noche, y mis cheques no serían rechazados por el banco antes del martes, pero debía darme prisa y hacer algo. Cuando subí, Christina se había dormido, y yo también me dormí, pero volví a despertarme alrededor de las tres.

Había estado soñando con envolver pan en papel de parablend de color. Había soñado con un aviso de página entera de una revista de circulación nacional: ¡PONGA COLOR EN SU PANERA! La página estaba salpicada de hogazas del color de las piedras preciosas -pan de turquesa, pan de rubí y pan de color de esmeraldas-. En el sueño, la idea había parecido buena; me reanimó, y cuando me encontré en el dormitorio oscuro me sentí deprimido. Sumido en la tristeza, medité en todos los cabos sueltos de mi vida, y eso me llevó de nuevo a mi vieja madre, que vive sola en un hotel de Cleveland. La vi vistiéndose para bajar a cenar en el comedor del hotel. Según la imaginaba, me parecía lamentable -sola y entre extraños-. Y sin embargo, cuando volvía la cabeza, yo veía que aún le quedaban varios dientes en las encías.

Me envió a la universidad, organizó mis vacaciones en lugares de agradable paisaje, y alimentó mis ambiciones -las que tengo-, pero se opuso agriamente a mi matrimonio, y desde entonces nuestras relaciones son tensas. A menudo la invité a vivir en nuestra casa, pero ella rehúsa siempre, y siempre con acritud. Le envió flores y regalos, y le escribo todas las semanas, pero estas atenciones aparentemente sólo consiguen afirmar su convicción de que mi matrimonio fue un desastre para ella y para mí. Después, pensé en sus faldas, pues cuando yo era niño ella parecía una mujer cuyas faldas se desplegaban sobre los océanos Atlántico y Pacífico; una falda que se extendía hasta el infinito, y sobrepasaba el horizonte. Ahora la recuerdo sin rebeldía ni ansiedad, sólo con pesar porque todo nuestros esfuerzos se han visto recompensados por una medida tan reducida de sentimientos definidos, y porque no podemos beber juntos una taza de té sin remover toda suerte de recuerdos ingratos. Yo deseaba corregir esa situación, reconstruir toda la relación con mi madre de modo que el costo de mi evolución no alcanzara un nivel tan elevado de sentimiento mórbido. Quería rehacerlo todo en cierta Arcadia emocional, y lograr que ambos nos comportásemos de diferente modo, porque así podría pensar en ella a las tres de

la mañana sin sentimiento de culpa, y así ella no tendría que sentirse sola y abandonada en la ancianidad.

Me acerqué un poco más a Christina, y al ingresar en la región de su calidez de pronto tuve buena disposición hacia todo y me sentí complacido por todo, pero en el sueño ella se apartó de mí. Después, tosí. Volví a toser. Tosí ruidosamente. No podía detenerme, salí de la cama, fui al cuarto de baño oscuro y bebí un vaso de agua. Estaba de pie frente a la ventana del cuarto de baño y contemplé el jardín. Había un poco de viento. Parecía que cambiaba de dirección. Sonaba como un viento de madrugada -en el aire llegaba el sonido de la lluvia- y me agradaba su caricia en mi cara. Al fondo del tocador había algunos cigarrillos y encendí uno para recuperar el sueño. Pero cuando inhalé el humo me dolieron los pulmones, y de pronto tuve la convicción de que estaba muriendo de cáncer bronquial.

He sufrido todas las formas de melancolía absurda -he añorado países que nunca he visto, y he anhelado ser lo que no podía ser- pero todos esos estados de ánimo eran triviales comparados con mi premonición de la muerte. Arrojé el cigarrillo al inodoro (piff) y me erguí, pero el dolor del pecho se acentuó, y comprendí que había comenzado la corrupción. Sabía que tenía amigos que me recordarían bondadosamente, y no dudaba de que Christina y los niños me evocarían con afecto. Pero después volví a pensar en el dinero y en los Warburton, y en mis cheques sin fondo enviados a la cámara de compensación, y me pareció que el dinero prevalecía del todo sobre el amor. Había deseado a algunas mujeres -a decir verdad, desorbitadamente- pero me pareció que jamás había deseado tanto como esa noche deseaba el dinero. Me acerqué al guardarropa de nuestro dormitorio y me puse un viejo suéter azul, un par de pantalones y un pulóver oscuro. Después, bajé y salí de la casa. La luna se había ocultado, y no había muchas estrellas, pero sobre los árboles y los setos una tenue luz se difundía en el aire. Pasé al costado del jardín de los Trenholmes, pisando suavemente el pasto, y por el prado llegué a la casa de los Warburton. Escuché los sonidos que venían de las ventanas abiertas, y sólo oí el tictac de un reloj. Subí los pelados de la escalera principal, abrí la puerta y comencé a cruzar el piso tomando del antiguo Ritz. En la tenue luz nocturna que entraba por las ventanas la casa parecía una concha, un nautilo, un ente creado para contener su propia forma.

Oí el ruido del collar de un perro, y el viejo coker de Sheila apreció trotando. Lo rasqué detrás de las orejas, y después volvió a su cama, yo no sabía dónde, gruñó y se durmió. Conocía la distribución de la casa de los Warburton tanto como conocía mi propia casa. La escalera estaba alfombrada, pero primero apoyó el pie en uno de los peldaños, para ver si crujía. Después, subí la escalera. Todas las puertas de los dormitorios estaban abiertas, y del dormitorio de Carl y Sheila, donde a menudo yo había dejado mi chaqueta cuando se celebraban grandes reuniones, me llegó el sonido de respiración profunda. Permanecí de pie un segundo en el umbral, para reunir valor. En la penumbra alcancé a ver la cama, y un par de pantalones y una chaqueta colgada del respaldo de una silla. Entré en el cuarto, con movimientos rápidos retiré una abultada billetera del bolsillo interior de la chaqueta y regresé al vestíbulo. Es posible que la violencia de mis sentimientos me provocara cierta torpeza, porque Sheila despertó. La oí decir:

-¿Oíste ese ruido, querido?

-El viento -murmuró él, y después volvieron a callar. En el vestíbulo yo estaba a salvo..., a salvo de todo, menos de mí mismo. Me pareció que estaba sufriendo un colapso nervioso. No tenía salida, se hubiera dicho que mi corazón ya no tenía lubricante, y los jugos que sostenían erguidas mis piernas estaban retirándose. Pude avanzar, pero sólo apoyándome en la pared. Mientras descendía la escalera me aferré a la baranda y trastabillando salí de la casa.

Cuando estuve en mi cocina oscura, bebí tres o cuatro vasos de agua. Creo que estuve de pie frente al vertedero de la cocina media hora o más antes de que se me ocurriera la idea de examinar la billetera de Carl. Pasé a la despensa y cerré la puerta antes de encender la luz. Había poco más de novecientos dólares. Apagué la luz y volví a la cocina oscura. Oh, nunca supe que un hombre podía sentirse tan miserable y que la mente podía ofrecer tantos receptáculos para colmarlos de culpa. ¿Dónde estaban los arroyos de mi juventud, con sus aguas pobladas de truchas, y otros placeres inocentes? El olor de cuero húmedo de las aguas sonoras y los bosques fragantes después una lluvia torrencial; o al romper el día las brisas estivales que huelen como el hálito vegetal de holsteins -uno se marea- y todos los arroyos poblados (o así me lo imaginaba, en la cocina oscura) de truchas, nuestro tesoro acuático. Estaba llorando.

Como digo, Shady Hill es una zona periférica y merece la crítica de los planeadores urbanos, los aventureros y los poetas líricos, pero si uno trabaja en la ciudad y tiene que criar niños, no hay un lugar mejor. Es cierto que mis vecinos son ricos, pero en ese caso la riqueza significa ocio, y ellos saben emplear su tiempo. Recorren el mundo, escuchan buena música, y si en un aeropuerto tienen que elegir una edición barata, se decidirán por Tucídides y a veces por Tomás de Aquino. Apremiados para que construyan refugios antiaéreos, plantan árboles y rosas y tienen jardines espléndidos y luminosos. Si a la mañana siguiente yo hubiese contemplado desde la ventana de mi cuarto de baño la ruina maloliente de una gran ciudad, la impresión suscitada por el recuerdo de lo que había hecho quizá no hubiera sido tan violenta, pero el sostén moral había desaparecido de mi mundo sin modificar un ápice la luz del sol. Me vestí furtivamente -¿qué hijo de las sombras desea oír las alegres voces de su familia?- y abordé uno de los primeros trenes. Mi traje de gabardina pretendía expresar limpieza y probidad, pero muy miserable era la criatura cuyos pasos habían sido confundidos con el sonido del viento. Miré el diario. Un robo de treinta mil dólares, una nómina de sueldos, en Bronx. Una dama de White Plains había regresado a su casa después de una fiesta, y había comprobado la desaparición de sus pieles y sus joyas. De un depósito de Brooklyn habían robado medicinas por valor de sesenta mil dólares. Me sentí mejor cuando descubrí qué vulgar era lo que yo había hecho. Quizá un poco mejor, y sólo por un rato. Después, afronté nuevamente la conciencia de que era un ladrón vulgar y un impostor, y de que había hecho algo tan reprensible que infringía las normas de todas las religiones conocidas. Había robado, y lo que era más, había entrado con propósitos delictivos en la casa de un amigo, e infringido todas las leyes tácitas que aseguraban la unión de la comunidad. Mi conciencia apremió de tal modo a mi espíritu -como el pico córneo de un ave carnívora- que comenzó a temblarme el ojo izquierdo, y de nuevo me sentí al borde de un colapso nervioso general. Cuando el tren llegó a la ciudad, fui al banco. Cuando salía, un taxi casi me atropella. Me sentí ansioso, no por mi propio cuerpo, sino porque podían encontrarme en el bolsillo la billetera de Carl Warburton. Cuando creí que nadie miraba, froté la billetera contra mis pantalones (para eliminar las huellas digitales) y la dejé caer en el cubo de residuos.

Pensé que el café conseguiría mejorarme, entré en un restaurante y me senté frente a una mesa, con un desconocido. Aún no habían retirado las servilletas de papel usadas y los vasos de agua medio vacíos, y frente al desconocido había una propina de treinta y cinco centavos, dejados por un cliente anterior. Examiné el menú, pero por el rabillo del ojo vi que el desconocido se embolsaba la propina de treinta y cinco centavos. ¡Qué delincuente! Me puse de pie y salí del restaurante.

Llegué a mi cubículo, colgué el sombrero y la chaqueta, me senté frente al escritorio, me arreglé los puños de la camisa, suspiré y miré el vacío, como si estuviera al comienzo de un día colmado de desafíos y decisiones. No había encendido la luz. Un rato después,

ocuparon la oficina contigua, y oí a mi vecino aclararse la garganta, toser, encender un fósforo y acomodarse para iniciar la tarea cotidiana.

Las paredes eran muy delgadas -en parte vidrio esmerilado y en parte madera terciada- y en esas oficinas se oía todo. Busqué un cigarrillo en mi bolsillo, lo hice con los mismos gestos furtivos que había tenido en casa de los Warburton, y antes de encender un fósforo esperé oír el estrépito de un camión que pasaba por la calle. Me dominó la excitación de escuchar subrepticamente. Mi vecino quería vender por teléfono acciones de uranio. Aplicaba el siguiente método. Primero, se mostraba cortés. Después desagradable.

-¿Qué le pasa, señor X? ¿no quiere ganar dinero? -Después, se mostraba muy despectivo-. Lamento haberlo molestado, señor X. Creí que usted tenía sesenta y cinco dólares para invertir. -Llamó a doce números, sin resultado. Yo estaba callado como un ratón.

Después, telefoneó a la oficina de información de Idlewild, para comprobar la llegada de aviones que venían de Europa. El de Londres venía puntual. Los de Roma y París iban con retraso.

-No, todavía no ha venido -le oí decir a alguien por teléfono-. La oficina está a oscuras. -El corazón me latió aceleradamente.

Después, mi teléfono comenzó a sonar y conté doce llamadas antes de que se interrumpiera.

-Estoy seguro, estoy seguro -dijo el hombre de la oficina contigua-. Oigo llamar su teléfono y no contesta; no es más que un hijo de puta que está solo y busca empelo. Le digo que adelante. No tengo tiempo para ir a ver. Adelante... Siete, ocho, tres, cinco, siete, siete... -Cuando colgó, me acerqué a la puerta, la abrí y la cerré, encendí la luz, moví los percheros, silbé una canción, me senté ruidosamente frente a mi escritorio y marqué el primer número de teléfono que me vino a la mente. Era un viejo amigo -Burt Howe- y lanzó una exclamación cuando oyó mi voz.

-¡Hakie, estuve buscándote por todas partes! De veras, desapareciste y nadie podía encontrarte.

-Sí -dije.

-Desapareciste -repitió Howe-. Así sin más. Pero quería hablarte de un negocio que puede interesarte. Un solo asunto, pero no te llevará más de tres semanas. Facilísimo. Son novatos y tontos, y tienen mucho, y será como robar.

-Sí.

-Bien, ¿podemos almorzar con Cardin a las doce y media, para explicarte los detalles? -preguntó Howe.

-Muy bien -le contesté con voz ronca-. Muchas gracias, Burt.

-Fuimos a la cabaña el domingo -decía el hombre de la oficina contigua cuando yo corté la comunicación-. A Luisa le picó una araña venenosa. El médico le dio una inyección. Se arreglará. -Marcó otro número y empezó-: El domingo fuimos a la cabaña. A Luisa le picó una araña venenosa...

Era posible que un hombre cuya esposa había sido picada por una araña y que disponía de un poco de tiempo llamase a tres o cuatro amigos y les relata el episodio, y también era posible que la araña fuese un mensaje en código, una advertencia o una confirmación relacionada con maniobras ilegales. Lo que me atemorizaba era que al convertirme en ladrón parecía haber atraído hacia mí a ladrones y estafadores. Mi ojo izquierdo había comenzado a temblar de nuevo, y la incapacidad de una parte de mi conciencia de soportar el reproche que le infligía la otra parte, me inducía a buscar desesperadamente una persona que pudiese ser culpada. En los diarios había leído con bastante frecuencia que a veces el divorcio lleva al crimen. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía alrededor de cinco años. Era un indicio apropiado, y muy pronto me llevó a algo mejor.

Después del divorcio mi padre fue a vivir a Francia, y no lo vi durante diez años. Entonces, pidió a mamá permiso para verme, y ella me preparó para el encuentro explicándome que mi padre era un borracho, un hombre cruel y sensual. Era verano, y estábamos en Nantucket; de allí viajé solo en barco, y fui en tren a Nueva York. Vi a mi padre en el Plaza al principio de la tarde, pero pese a la hora ya había comenzado a beber. Con la nariz larga y sensible de un adolescente olí gin en su aliento, y advertí que tropezaba contra una mesa y que a veces repetía sus propias frases. Tiempo después comprendí que ese encuentro debía de ser difícil para un hombre de sesenta años, la edad que entonces tenía. Cenamos y después fuimos a ver *Las rosas de Picardía*. Apenas aparecieron las coristas, papá me dijo que podía tener la que deseara; ya había hecho los arreglos necesarios. Incluso podía elegir a una de las bailarinas solistas. Ahora bien, si yo hubiese pensado que él había cruzado el Atlántico para hacerme ese favor, quizá habría sido distinto, pero creí que había viajado con el fin de perjudicar a mi madre. Yo tenía miedo. El espectáculo se representaba en uno de esos viejos teatros que parecen sostenerse gracias al apoyo que los ángeles les prestan. Varios ángeles pardodorados sostenían el techo; también apuntalaban los palcos; e incluso parecían sostener la galería, donde se habían reunido unas cuatrocientas personas. Dedicué mucho tiempo a mirar los polvorientos ángeles dorados. Si el techo del teatro hubiese caído sobre mi cabeza, me habría sentido aliviado. Después del espectáculo volvimos al hotel para lavarnos antes de reunirnos con las muchachas, y mi padre se acostó un rato en la cama y comenzó a roncar. Me apoderé de cincuenta dólares de su cartera, pasé la noche en la estación Grand Central y viajé a Woods Hole en uno de los primeros trenes. Así se explicaba todo, incluso la intensidad del sentimiento que había experimentado en el piso de arriba de los Warburton. ¡Mi padre era culpable! Después, recordé que mi padre estaba enterrado en Fontainebleau desde hacía quince años, y que en todo caso ahora era poco más que polvo.

Fui al cuarto de baño con hombres y me lavé las manos y la cara, y me alisé los cabellos con mucho agua. Era tiempo de ir a almorzar. Pensé ansioso en el almuerzo que me esperaba, y cuando me pregunté la causa de mi estado de ánimo, me sorprendió comprender que se originaba en el uso desaprensivo que Burt Howe había hecho de la palabra “robar”. Abrigaba la esperanza de que no insistiera en ella.

Incluso mientras pensaba todo esto, en el cuarto de baño, el temblor del ojo pareció extenderse a la mejilla; se hubiera dicho que este verbo estaba inserto en el idioma inglés como un anzuelo envenenado. Yo había cometido adulterio y la palabra “adulterio” no me impresionaba; me había emborrachado, y la palabra “embriaguez” carecía de poder. Sólo “robo” y los sustantivos, los verbos y los adverbios afines podían tiranizar mi sistema nervioso, como si hubiera ideado inconscientemente una doctrina en virtud de la cual el robo tenía precedencia sobre todos los restantes pecados del Decálogo, y era signo de muerte moral.

El cielo estaba oscuro cuando salí a la calle. Había luces encendidas por doquier. Miré las caras de las personas con quienes me cruzaba, buscando signos alentadores de honestidad en un mundo tan perverso; y en la Tercera Avenida vi a un joven con un vaso de hojalata y los ojos cerrados para personificar la ceguera. Esa marca de la ceguera, la sorprendente inocencia de la mitad superior del rostro, se veía traicionada por el ceño fruncido y las patas de gallo de un hombre que puede ver su bebida en el bar. Había otro mendigo ciego en la calle Cuarenta y uno, pero no le examiné las cuencas de los ojos, pues comprendí que no podía juzgar la legitimidad de todos los mendigos de la ciudad.

Cardin es un restaurante para hombres de la calle Cuarenta. La agitación y el movimiento del vestíbulo acentuaron mi retraimiento, y la joven del guardarropa, quizá porque vio el temblor de mi ojo, me dirigió una mirada de profundo hastío.

Burt estaba en el bar, y después de pedir las bebidas fuimos al asunto.

-Por tratarse de un negocio como éste, deberíamos reunirnos en una callejuela -dijo-, pero ya sabes lo que se dice de los tontos y su dinero. Son tres niños, P. J. Burdette es uno, y entre los pueden perder un lindo millón de dólares. Más tarde o más temprano alguien se lo robará, así que bien puedes ser tú. -Me llevé la mano al costado izquierdo de la cara para disimular el tic. Cuando acerqué la copa a la boca, me derramé gin sobre el traje-. Los tres salieron hace poco de la universidad -dijo Burt-. Y tienen tanto que por mucho que les quites no lo sentirán. Ahora bien, si quieres participar en este asalto, lo único que tienes que hacer...

El cuarto de baño estaba al fondo del restaurante, pero conseguí llegar. Llené con agua fría un lavabo y hundí en ella la cabeza y la cara. Burt me había seguido al cuarto de baño. Mientras me secaba con una toalla de papel dijo:

-Mira, Hakie, no quería decírtelo, pero ahora que te has indispuerto, bien puedo mencionarte que tienes un aspecto terrible. Apenas te vi comprendí que algo andaba mal. Y sea lo que fuere, la bebida, la droga, o los problemas de tu casa, es mucho más tarde de lo que crees y quizá deberías hacer algo al respecto. ¿No me guardas rencor? -Dije que me sentía mal y esperé en el cuarto de baño hasta que Burt se fue.

Después, la muchacha del guardarropa me entregó el sombrero y me dirigió otra mirada de hastío, y en el diario de la tarde que estaba sobre una silla del vestíbulo vi que en Brooklyn unos asaltantes de banco habían robado dieciocho mil dólares.

Recorrí las calles preguntándome qué papel habría en la profesión de carterista y ladrón de bolsos, y todos los arcos y los campanarios de San Patricio me recordaban las colectas para los pobres. Tomé el tren de costumbre para volver a casa, y por la ventanilla contemplé el pasaje apacible y la tarde de primavera, y me pareció que los pescadores, los bañistas solitarios y los guardabarreras, los jugadores de pelota en los baldíos, los amantes que no se avergüenzan de su propia actividad, los dueños de pequeños veleros y los viejos que juegan a naipes en los cuarteles de bomberos eran las personas que zurcían los grandes desgarrones que los hombres como yo dejaban en el mundo.

Ahora bien, Christina es la clase de mujer que, cuando la secretaria de ex alumnos de su universidad le pide que describa su condición, comienza a aturdirse en vista de la diversidad de sus propias actividades y sus intereses. Y poco más o menos, ¿qué tiene que hacer día tras día? Llevarme en automóvil a la estación ferroviaria. Mandar a reparar los esquís. Reservar una cancha de tenis. Comprar una botella de vino y los alimentos para la comida mensual de la Sociéte Gastronomique du Westchester Nord. Buscar ciertas definiciones en el Larousse. Asistir a un simposio de la Liga de Mujeres Votantes acerca de los desagües. Concurrir a un almuerzo de etiqueta en homenaje a la tía de Bobsie. Escardar el jardín. Planchar un uniforme para la criada por horas. Mecnografiar dos páginas y media de su trabajo acerca de las primeras novelas de Henry James. Vaciar los cubos de basura. Ayudar a Tabita a preparar la cena de los niños. Obligar a Ronnie a batear. Ponerse rulos en los cabellos. Conseguir una cocinera. Ir a esperar el tren. Bañarse. Vestirse. A las siete y media saludar en francés a sus invitados. Decir bon soir a las once. Descansar en mis brazos hasta las doce. ¡Eureka! Podría decirse que es altanera, pero creo que no es más que una mujer que lo pasa bien en un país próspero y joven. De todos modos, esa noche cuando descendí del tren y la vi tuve cierta dificultad para elevarme a la altura de tanta vitalidad.

Tuve mala suerte, y me encomendaron la colecta en la comunión temprana del domingo, y eso a pesar de que no me sentía bien. Respondí con una sonrisa muy torcida a las miradas piadosas de mis amigos, y después me arrodillé junto a una ventana de vidrio de color en forma de arco puntiagudo que parecía armada con cabezas de botellas de vermut y borgoña. Me arrodillé en una banqueta de imitación cuero donada por una asociación para sustituir a una de las viejas banquetas color rapé, que había comenzado a romperse en las costuras y mostraba pedazos de paja, y gracias a la cual todo el recinto olía como un pesebre viejo. El olor de la paja y las flores, la luz de la vigilia, las velas que parpadeaban a causa del aliento del rector y la humedad del frío edificio de piedra me eran tan conocidos y pertenecían a mi vida temprana tanto como los sonidos y los olores de una cocina en una guardería, y esa mañana me parecieron tan intensos que me aturdí. De pronto oí, en el zócalo de la derecha, los dientes de una rata que trabajaban como un barreno sobre el roble duro.

-Santo, Santo –dije en voz muy alta, porque tenía la esperanza de atemorizar a la rata-. Señor Dios de los ejércitos, el Cielo y la Tierra CANTAN Tu Gloria.

La pequeña congregación murmuró su amén con un sonido que parecía un golpe de pie, y la rata continuó royendo el zócalo. Y después -quizá porque estaba absorto en el ruido de los dientes de la rata, o porque el olor de la humedad y la paja era soporífero -cuando aparté los ojos del refugio que había construido con mis manos, vi que el rector bebía del cáliz y comprendí que había perdido la comunión.

En casa, busqué otros robos en el periódico dominical, y había muchos. Habían saqueado bancos, vaciado de sus joyas las cajas de seguridad de los hoteles, las criadas y los mayordomos habían sido amarrados a las sillas de la cocina, habían robado lotes enteros de pieles y diamantes industriales, y los delincuentes habían entrado en almacenes de alimentos, estancos y casas de empeño; y alguien se había apoderado de un cuadro del Instituto de Arte de Cleveland. Hacia el final de la tarde recogí las hojas secas. ¿Hay acaso más profundo acto de contrición que limpiar el prado de los desechos otoñales bajo el cielo pálido y listado de la primavera?

Mientras recogía las hojas, se acercaron mis hijos.

-Los Tobler han organizado un juego de softball -dijo Ronnie-. Están todos.

-Y vosotros, ¿por qué no jugáis? -pregunté.

-No podemos jugar si no nos invitan -dijo Ronnie por encima del hombro, y se alejaron. Entonces advertí que podía oír los vivas del encuentro de softball al que no nos habían invitado. Los Tobler viven en la misma calle. Las alegres voces parecían resonar cada vez más claras a medida que entraba la noche. Incluso podía oír el ruido del hielo en los vasos y las voces de las señoras que vitoreaban débilmente.

Me pregunté por qué no nos habían invitado a jugar a softball, en casa de los Tobler. ¿Por qué nos han excluido de esos sencillos placeres, de la alegre reunión, de donde provenían las risas y las voces apagadas y las puertas que golpeaban, todo lo cual parecía resplandecer en las sombras precisamente porque no estaba a mi alcance. ¿Por qué no me habían invitado a jugar a softball en casa de los Tobler? ¿Por qué el ascenso social -en realidad la trepada- excluye de un encuentro de softball a un tipo simpático como yo? ¿Qué clase de mundo era ése? ¿Por qué tenían que dejarme solo con mis hojas secas en la penumbra del atardecer -como era el caso-, de modo que me sintiera tan olvidado, tan abandonado que me recorría un escalofrío?

Si hay una persona a la cual detesto es el sentimental de poco seso, todas esas personas melancólicas que, por exceso de simpatía hacia otros, pierden el sentimiento intenso de su propia esencia y merodean por la vida sin identidad, como una bruma humana, compadeciendo a todos. El mendigo sin piernas de Times Square, con su lamentable

muestra de lápices, la anciana pintarrajeada del metro que habla sola, el exhibicionista del cuarto de baño público, el borracho que se cae en la escalera del metro, no sólo excitan la piedad de los sentimentales; de una sola ojeada se transforman en esos infortunados. La humanidad desvalida parece hollar las almas irrealizadas de esta gente, y en la penumbra del atardecer las deja en una condición que se parece mucho a la escena de una rebelión en la cárcel. Ellos mismos, desilusionados, siempre están dispuestos a desilusionarse por el resto, y son capaces de levantar ciudades enteras, de concebir creaciones enteras, firmamentos y dominios de desilusión empapada en lágrimas. De noche, acostados en la cama, piensan tiernamente en el gran triunfador que perdió su billete premiado, en el gran novelista cuya obra magna fue quemada erróneamente porque se la confundió con una pila de papeles viejos, y en Samuel Tilden, que perdió la presidencia de Estados Unidos a causa de las bajas maniobras del colegio electoral. Así como detestaba esta compañía, me parecía doblemente doloroso soportarla. Y al ver un desnudo árbol de cornejo a la luz de las estrellas pensé: ¡qué triste es todo!

El miércoles fue mi cumpleaños. Lo recordé a mitad de la tarde, cuando estaba en la oficina, y el pensamiento de que quizá Cristian planeaba una fiesta sorpresa hizo que por un instante abandonase el asiento y me pusiese de pie, sin aliento. Después, llegué a la conclusión de que no haría tal cosa. Pero aun los preparativos que harían los niños representaban para mí un problema sentimental; no sabía cómo afrontar la situación. Abandoné temprano la oficina y bebí dos tragos antes de abordar el tren. Christina parecía satisfecha y complacida cuando me recibió en la estación, y yo puse buena cara disimular mi ansiedad. Los niños se habían puesto ropa limpia y me desearon feliz cumpleaños con tanto fervor que tuve una sensación horrible; sobre la mesa apareció una pila de regalitos, la mayoría cosas confeccionadas por los niños: gemelos de botones, un cuaderno y cosas así. Y encendí los cohetes, me puse ese tonto sombrero, apagué las velas de la tarta y agradecí los detalles a todos; pero después pareció que había otro regalo -mi gran regalo- y después de la cena me obligaron a permanecer en casa mientras Christina y los niños salían, y después vino Juney y me llevó afuera, rodeando la casa, hasta el fondo, donde estaban todos. Apoyada contra la casa vi una escalera plegable de aluminio, con una tarjeta atada con una cinta, y yo dije, como si hubiese recibido un mazazo:

-¿Qué mierda significa esto?

-Papá, pensamos que puede servirte -dijo Juney.

-¿Para qué necesito una escalera? ¿qué se creen que soy..., un limpiador de ventanas?

-Para alcanzar las claraboyas -dijo Juney-. Las persianas.

Me volví hacia Christina.

-¿Estuve hablando dormido?

-No -dijo Christina-. No estuviste hablando dormido.

Juney se echó a llorar.

-Así podrás limpiar las hojas de los desagües -dijo Ronnie. Los dos varones me miraban con cara larga.

-Bien, tendrás que reconocer que es un regalo muy extraño -dije a Christina.

-¡Dios mío! -exclamó Christina-. Vamos, niños. Vamos.- Los llevó hacia la puerta de la terraza.

Estuve en el jardín hasta que oscureció. Se encendieron las luces del primer piso. Juney continuaba llorando, y Christina le cantaba. Después, la niña se tranquilizó. Esperé hasta que se encendieron las luces de nuestro dormitorio, y después de un rato subí la escalera. Christina tenía puesta una bata, estaba sentada frente a la mesa del tocador y tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Tienes que comprender -dije.



-Creo que no puedo. Los niños estuvieron ahorrando meses enteros para comprar ese maldito cacharro.

-No sabes todo lo que he soportado -dije.

-Aunque hubieras estado en el infierno, no te lo perdonaría -dijo-. No has soportado nada que justifique tu conducta. Hace una semana que la tienen escondida en el garaje. Son tan cariñosos.

-Últimamente no me siento bien -dije.

-No me digas que no te sientes bien -replicó-. Ahora he llegado a desear que te vayas por la mañana, y temo la hora de tu regreso por la noche.

-No puedo ser tanto como dices -afirmé.

-Ha sido un infierno -insistió Christina-. Brusco con los niños, antipático conmigo, grosero con tus amigos y perverso cuando hablas de ellos. Horrible.

-¿Quieres que me vaya?

-¡Oh, Dios mío, vaya si lo quiero! Así podría respirar.

-¿Y los niños?

-Pregúntaselo a mi abogado.

-En ese caso, me iré.

Atravesé el vestíbulo y me acerqué al armario donde guardaba las maletas. Cuando retiré la mía, descubrí que el cachorro de los niños había desprendido el refuerzo de cuero de un costado, Intenté hallar otra maleta, y toda la pila se vino abajo y me rozó las orejas. Volví a nuestro dormitorio llevando la maleta con una larga faja de cuero que se arrastraba por el suelo.

-Mira -dije-. Mira esto, Christina. El perro entró el refuerzo de mi maleta. -Ni siquiera levantó la cabeza-. Durante diez años invertí veinte mil dólares anuales en esta casa -grité-, y cuando tengo que marcharme, ¡ni siquiera poseo una maleta decente! Todos tienen su maleta. Incluso el gato tiene equipaje decente. -Abrí bruscamente el cajón de las camisas, y había sólo cuatro camisas limpias- ¡No tengo camisas limpias ni siquiera para esta semana! -grité. Después, reuní unas pocas cosas, me encasqueté el sombrero y salí. Durante un instante incluso pensé llevarme el automóvil, y entré en el garaje y miré todo. Después, vi el anuncio que decía: EN VENTA, el mismo que colgaba de la fachada de la casa cuando la compramos hacía muchos años. Desempolvé el anuncio, tomé un clavo y una piedra, y me acerqué a la fachada de la casa y clavé el anuncio sobre un arce. Después, caminé hasta la estación. Es aproximadamente un kilómetro y medio. La larga tira de cuero se arrastraba tras de mí, y me detuve y traté de arrancarla, pero no pude. Cuando llegué a la estación, descubrí que no había tren hasta las cuatro de la mañana. Decidí esperar. Me senté sobre la maleta y esperé cinco minutos. Después volví caminando a casa. Cuando había recorrido la mitad de la distancia ví venir a Christina vestida con un suéter y una falda, y calzada con zapatillas -lo primero que encontró a mano, pero en todo caso prendas estivales- y volvimos juntos y nos acostamos.

El sábado jugué al golf, y aunque terminé tarde, quise nadar en la piscina del club antes de volver a casa. Tom Maitland era el único que estaba en la piscina. Es un hombre apuesto, de piel oscura, muy rico pero silencioso. Parece tener un carácter retraído. Su esposa es la mujer más gruesa de Shady Hill, y nadie simpatiza mucho con sus hijos, y creo que es la clase de hombre cuyas reuniones, amistades, asuntos amorosos y comerciales descansan todos como una complicada superestructura -una torre armada con fósforos- sobre la melancolía de su primera juventud. Un soplo podría derribar toda la armazón. Casi había oscurecido cuando dejé de nadar, el edificio del club estaba iluminado y alcanzaban a oírse los ruidos de la cena en el porche. Maitland estaba sentado en el borde de la piscina, moviendo los pies en el agua de color azul intenso, con su olor clorado de

mar Muerto. Yo estaba secándome, y cuando pasé frente a Maitland le pregunté si pensaba zambullirse.

-No sé nadar -dijo. Sonrió y apartó los ojos de mí para mirar el agua quieta y brillante de la piscina, en el paisaje oscuro-. En casa teníamos una -explicó-, pero nunca pude usarla. Siempre estaba estudiando violín. -Tenía cuarenta y cinco años, prácticamente era millonario y ni siquiera podía flotar, y no creo que tuviese muchas ocasiones de hablar con tanta sinceridad como acababa de hacerlo. Mientras yo me vestía, se afirmó en mi mente -sin que yo hiciera nada- la idea de que los Maitland serían mis próximas víctimas.

Pocas noches después me desperté a las tres. Pensé en los cabos sueltos de mi vida -mi madre en Cleveland, y la parablend- y después pasé al cuarto de baño para encender un cigarrillo antes de recordar que estaba muriéndome de cáncer bronquial, y dejando en la miseria a mi viuda y mis huérfanos. Me puse las zapatillas y el resto del equipo, me asomé por las puertas abiertas de los cuartos de los niños y después salí. Estaba nublado. Por los jardines del fondo llegué a la esquina. Crucé la calle y entré por el sendero de los Maitland, pisando el pasto que crecía al borde de la granja. La puerta estaba abierta y entré, tan excitado y miedoso como la noche que había ido a la casa de los Warburton, sintiéndome un ser inmaterial en la penumbra -un fantasma-. Atendiendo a mi intuición, subí la escalera para llegar al dormitorio, y cuando oí una respiración profunda y vi una chaqueta y unos pantalones sobre una silla, busqué el bolsillo de la chaqueta. Pero no tenía. No era una chaqueta común; era una de esas prendas de satén brillante que usan los jovencitos. No tenía sentido buscar la billetera en los pantalones del hijo. Seguramente no ganaba mucho cortando el pasto de los Maitland. Salí deprisa.

Esa noche no dormí más, y estuve sentado en la oscuridad, pensando en Tom Maitland, Grace Maitland, los Warburton, Christina, y en mi sórdido destino, y en que Shady Hill era muy diferente de noche que visto a la luz del día.

Pero salí la noche siguiente..., esta vez fui a casa de los Pewters, que no sólo eran ricos sino alcohólicos, y que bebían tanto que yo no creía que oyesen ni los truenos después de apagar las luces. Como de costumbre, salí poco después de las tres.

Pensé con tristeza en mis comienzos; cómo me había concebido una pareja libidinosa en un hotel del suburbio, después de una cena de seis platos con vino; mi madre me había contado muchas veces que si ella no se hubiese emborrachado con todos esos cócteles antes de la famosa cena yo aún no habría nacido y continuaría encaramado en una estrella. Y pensé en mi padre y aquella noche en el Plaza, y en los muslos amarrotados de las campesinas de Picardía, y en todos los ángeles pardodorados que apuntaban el teatro, y en mi terrible destino. Mientras caminaba hacia la casa de los Pewters, en los árboles y los jardines se inició un vivo remolino, como una corriente que soprase sobre un lecho de brasas. Me pregunté qué eran, hasta que sentí la lluvia en las manos y la cara, y entonces me eché a reír.

Ojalá pudiera decir que una bestia mansa corrigió mi desvío, o que fue obra de un niño inocente, o los dones de la música lejana de una iglesia, pero fue sólo la lluvia sobre mi cabeza -y su olor que mi nariz aspiró- lo que me demostró hasta dónde podía vivir libre de la osamenta de Fontainebleau y de las actividades de un ladrón. Había modos de resolver mi problema si quería utilizarlos. No estaba atrapado. Estaba aquí, en la tierra, porque así lo quería. Y poco importaba cómo se me habían otorgado los dones de la vida mientras los poseyera, y en efecto los poseía -el vínculo entre las raíces del pasto húmedo y el vello que crecía sobre mi cuerpo, la emoción de mi mortalidad que había sentido las noches estivales, el amor a mis hijos y la visión de la pechera del vestido de Christina-. Ahora estaba frente a la casa de los Pewters, contemplé la construcción oscura y después me volví y me alejé. Regresé a la cama y tuve gratos sueños. Soñé que navegaba por el Mediterráneo. Vi unos gastados peldaños de mármol que entraban en el agua, y el agua

misma -azul, salina y sucia-. Enderecé el mástil, izé la vela y apoyé la mano en la barra del timón. ¿Pero por qué, me pregunté mientras me alejaba en la embarcación, parecía tener sólo diecisiete años? En fin, uno no puede tenerlo todo.

Al contrario de lo que alguien escribió cierta vez, no es el olor del pan de maíz lo que nos aparta de la muerte; son las luces y los signos del amor y la amistad. Al día siguiente Gil Bucknam me llamó y dijo que el anciano se moría, ¿yo estaba dispuesto a volver a la empresa? Fui a verlo, y me explicó que el anciano era quien me había mandado buscar; y naturalmente, me alegré de retornar a la parablend.

Lo que yo no entendía, mientras caminaba esa tarde por la Quinta Avenida, era cómo un mundo que había parecido tan sombrío, pocos minutos después podía llegar a ser tan amable. Las veredas parecían relucir, y cuando volví a casa en tren contemplé sonriente a las estúpidas jóvenes que anuncian fajas en los carteles de publicidad del Bronx. A la mañana siguiente conseguí un adelanto de mi sueldo, y después de tomar algunas precauciones a causa de las huellas digitales, deposité en un sobre cuatrocientos dólares y fui a casa de los Warburton cuando se apagaron las últimas luces del vecindario. Había estado lloviendo, pero ahora había escampado. Comenzaban a brillar las estrellas. No tenía objeto exagerar la prudencia, y entré por el fondo de la casa, hallé abierta la puerta de la cocina y deposité el sobre al borde de una mesa de la habitación oscura. Cuando salía de la casa un coche de policía se acercó, y un patrullero a quien yo conocía asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

-Señor Hake, ¿qué hace en la calle a esta hora de la noche?

-Paseo al perro -dije alegremente. No había ningún perro a la vista, pero ellos no miraron-. ¡Vamos, Toby! ¡Aquí, Toby? ¡Aquí, Toby! ¡Sé bueno! -y me alejé silbando alegremente en la oscuridad.

*The New Yorker*, 14 de abril de 1956.

## ***El mundo de las manzanas***

---

Asa Bascomb, el viejo laureado, se paseaba por su lugar de trabajo o estudio -nunca había podido encontrar un nombre satisfactorio para la casa en la cual uno escribía poesía- matando avispa con un ejemplar de *La Stampa* y preguntándose por qué nunca le habían dado el Premio Nobel. Había merecido casi todos los restantes signos de renombre. En un baúl depositado en el rincón había medallas, citas, coronas, cintas y distintivos. El PEN Club de Oslo le había regalado la estufa que calentaba su estudio, el escritorio era un presente de la Unión de Escritores de Kiev, y el estudio mismo había sido construido por una asociación internacional de sus admiradores. Los presidentes de Italia y Estados Unidos habían telegrafado sus felicitaciones el día que le entregaron la llave de la casa. ¿Por qué no el Premio Nobel? Plaf, plaf. El estudio era una construcción alargada, con el techo sostenido por vigas, y por el lado norte había una amplia ventana que daba a los Abruzzos. Hubiera preferido un lugar mucho más pequeño con ventanas más pequeñas, pero no lo habían consultado. Aparentemente había cierta contradicción entre la altura de las montañas y las disciplinas del verso. Por el tiempo en que estoy escribiendo tenía ochenta y dos años, y vivía en una villa, debajo del pueblo montañoso de Monte Carbone, al sur de Roma.

Tenía fuertes y espesos cabellos blancos que formaban un mechón sobre la frente. En la coronilla, dos o más remolinos generalmente aparecían desordenados y erectos. Cuando tenía que asistir a una recepción formal solía aplacarlos con jabón, pero nunca se sometían más de una hora o dos, y en general volvían a erguirse a la hora de servir el champaña. Eran un ingrediente importante de la impresión que él dejaba. Así como uno recuerda a un hombre por la nariz larga, una sonrisa, una marca de nacimiento o una cicatriz, uno recordaba a Bascomb por sus remolinos hirsutos. Se le aplicaba el mote impreciso de Cézanne de los poetas. En su producción se manifestaba cierta exactitud lineal que podía considerarse semejante a la de Cézanne, pero la visión que es el fondo de los cuadros de Cézanne no era la de Bascomb. Esa errónea comparación quizá se había originado en que el título de su obra más conocida era *El mundo de las manzanas* una poesía en la cual sus admiradores hallaban la acerbidad, la diversidad, el color y la nostalgia de esas manzanas del norte de Nueva Inglaterra que él no había visto desde hacía cuarenta años.

¿Por qué él -provinciano y famoso por su sencillez- había decidido abandonar Vermont para ir a Italia? ¿Había sido una decisión de su bienamada Amelia, muerta hacía diez años? Ella solía adoptar muchas de las decisiones del matrimonio. Él, hijo de un campesino, ¿era tan ingenuo que creía que la vida en el extranjero podía agregar cierto color a sus severos comienzos? ¿O se trataba sencillamente de una actitud práctica, una evasión de la publicidad que en su propia patria había sido fastidiosa? Los admiradores lo encontraban en Monte Carbone, y venían casi diariamente, pero lo hacían en reducido número. Lo fotografiaban una o dos veces por año para *Match* o *Epoca* -generalmente el día de su cumpleaños- pero en general allí podía hacer una vida más serena que en Estados Unidos. La última vez que había visitado a su país, cuando caminaba por la Quinta Avenida se había visto detenido por desconocidos que le pedían que autografiase pedazos de papel. En las calles de Roma nadie sabía quién era, ni le importaba, y eso era lo que él deseaba.

Monte Carbone era una localidad sarracena, construida en la cima de un monte de sombrío granito, una elevación en forma de hogaza. En el lugar más alto del pueblo había tres fuentes puras y voluminosas cuyas aguas caían formando estanques o canales por los costados de la montaña. La villa de Bascomb estaba a cierta altura bajo el pueblo, y en su jardín él tenía muchas fuentes, alimentadas por las aguas que venían de la cumbre. El ruido

del agua que caía era estridente y poco musical: un sonido de chapoteo o golpeteo. El agua estaba intensamente fría, incluso en medio del verano, y Bascomb mantenía su gin, el vino y el vermouth en un estanque de la terraza. Trabajaba en su estudio por la mañana, dormía una siesta después del almuerzo y después subía la escalinata que llevaba al pueblo.

La toba, los pepperoni y los ásperos colores de los líquenes que se adhieren a las paredes y los techos no son parte de la conciencia de un norteamericano, aunque haya vivido años enteros, como era el caso de Bascomb, rodeado por dicha aspereza. La subida de la escalinata le quitó el aliento. Se detuvo varias veces para recuperarlo. Todos le hablaban: ¡Salve, maestro, salve! Cuando veía la nave de ladrillo de la iglesia del siglo XII siempre murmuraba para sí la fecha, como si estuviese explicando a un amigo las bellezas del lugar. Las bellezas del lugar eran varias y sombrías. Él siempre sería allí un extranjero, pero su condición de tal le parecía una metáfora que comprometía al tiempo como si, mientras trepaba la escalinata extraña y dejaba atrás los muros extraños, estuviese ascendiendo a través de horas, meses, años y décadas. En la piazza bebió un vaso de vino y retiró su correspondencia. Día tras día recibía más correspondencia que toda la población de la aldea. Eran cartas de admiradores, propuestas de conferencias, pedidos de que leyese o sencillamente mostrase la cara, y parecía que él estaba incluido en las listas de invitación de todas las sociedades honorarias del mundo occidental, excepto por supuesto la sociedad formada por todos los que habían obtenido el Premio Nobel. Le guardaban en un saco la correspondencia, y si éste era demasiado pesado y él no podía llevarla, Antonio, el hijo de la postina volvía con él a la villa. Trabajaba en su correspondencia hasta las cinco o seis. Dos o tres veces por semana varios peregrinos se acercaban a la villa y si a Bascomb le agradaban los visitantes les ofrecía una copa mientras autografiaba el ejemplar de *El mundo de las manzanas*. Casi nunca traían sus restantes libros, pese a que había publicado una docena. Dos o tres veces por semana jugaba naipes con Carbone, el padrone local. Ambos pensaban que el otro hacía trampa, y ninguno de los dos se mostraba dispuesto a abandonar el juego, aunque sintieran que les reventaba la vejiga. Dormía bien.

De los cuatro poetas con los cuales solía agruparse a Bascomb uno se había disparado un tiro, otro se había ahogado, un tercero se había ahorcado y el cuarto había muerto de delirium tremens. Bascomb los había conocido a todos, había sentido afecto por la mayoría, y había cuidado a dos de ellos cuando estaban enfermos, pero la sugerencia general de que al consagrarse a la poesía también había elegido su propia destrucción era algo contra lo cual se rebelaba enérgicamente. Conocía las tentaciones del suicidio, del mismo modo que conocía las tentaciones de todas las restantes formas del pecado, y excluía cuidadosamente de la villa todas las armas de fuego, las cuerdas apropiadas, los venenos y las píldoras somníferas. Había percibido en Z -el más íntimo de los cuatro-, un vínculo inalienable entre su prodigiosa imaginación y sus prodigiosas dotes de autodestrucción, pero con su estilo obstinado y campesino Bascomb estaba decidido a destruir o ignorar ese nexo a derrocar a Marsyas y a Orfeo. La poesía confería una gloria perdurable, y Bascomb había decidido que el último acto de la vida de un poeta no debía representarse como había sido el caso de Z -en un cuarto sucio con veintitrés botellas de gin-. Como no podía negar el vínculo entre el brillo y la tragedia, parecía dispuesto a amortiguar su filo.

Bascomb creía lo que había dicho cierta vez Cocteau en el sentido de que escribir poesía era utilizar un nivel imperfectamente comprendido de la memoria. Su obra era aparentemente un acto de rememoración. Cuando trabajaba no encomendaba tareas prácticas a su memoria, pero el protagonista era sin duda la memoria: su memoria de las sensaciones, los paisajes, los rostros y el inmenso vocabulario de su propio idioma. Quizás consagraba un mes o más a un poema breve, pero industria y disciplina no eran las palabras apropiadas para describir su trabajo. Parecía, no que elegía las palabras, sino que

las recordaba de los miles de millones de sonidos que había oído desde que por primera vez había entendido el lenguaje. Así, como en efecto dependía de su memoria para conferir utilidad a su vida, a veces se preguntaba si la memoria no comenzaba a fallarle. Cuando hablaba con amigos y admiradores se esforzaba mucho por evitar las repeticiones. Si a las dos o las tres de la mañana se despertaba y oía el chapoteo discordante de sus fuentes, durante una hora se ejercitaba repitiendo nombres y fechas. ¿Quién era el adversario de lord Cardigan en Balaklava? El nombre de lord Lucan tardaba un minuto en surgir dificultosamente de la niebla, pero al fin aparecía. Conjugaba el pasado remoto del verbo *essere*, contaba hasta cincuenta en ruso, recitaba poemas de Donne, Eliot, Thomas y Wordsworth, explicaba los episodios del Risorgimento a partir de los disturbios de Milán en 1812 y hasta la coronación de Vittorio Emanuele, enunciaba las épocas de la prehistoria, la equivalencia de una milla en kilómetros, los planetas del sistema solar y la velocidad de la luz. La capacidad de reacción de su memoria mostraba un retraso evidente, pero él creía conservar su aptitud. El único deterioro era el sentimiento de ansiedad. Había visto que el tiempo era tan destructivo que se preguntaba si la memoria de un viejo podía ser más longeva que un roble; pero el árbol que él había plantado en la terraza treinta años antes estaba muriéndose, y él podía recordar los detalles del corte y el color del vestido que su amada Amelia usaba la primera vez que se vieron. Impuso a su memoria la tarea de abrirse paso en las ciudades. Imaginó que caminaba de la estación ferroviaria de Indianápolis a la fuente conmemorativa, del Hotel Europa al Palacio de Invierno de Leningrado, del Edén Roma pasando por Trastevere a San Pietro in Montorí. Frágil, dudoso de sus facultades, esta inquisición se hacía lucha en su propia soledad.

Pareció que su memoria lo despertaba una noche o una madrugada y le pedía que presentara el nombre de pila de lord Byron. No pudo. Decidió separarse momentáneamente de su memoria y sorprenderla dueña del nombre de lord Byron, pero cuando retornó fatigado a este receptáculo aún estaba vacío. ¿Sydney? ¿Percy? ¿James? Salió de la cama -hacia frío- se puso un par de zapatos y un abrigo y subió la escalera del jardín, en dirección al estudio. Encontró un ejemplar de Manfredo, pero se mencionaba al autor sencillamente como lord Byron. Lo mismo ocurrió con Childe Harold. Finalmente descubrió en la enciclopedia que su señoría se llamaba George. Se concedió una excusa parcial por este lapso de la memoria y retornó a la cama tibia. Como la mayoría de los viejos había comenzado a componer el glosario furtivo de los alimentos que parecían embotar su pluma. Trucha fresca. Aceitunas negras. Corderito con tomillo. Hongos silvestres, jabalí, venado y conejo. En el reverso de la página aparecían todos los alimentos congelados, las verduras cultivadas, la pasta excesivamente cocida y las sopas enlatadas.

En primavera un admirador escandinavo le escribió para preguntar si podía tener el honor de llevar a Bascomb en una excursión de un día por los pueblos de las montañas. Bascomb, que entonces no tenía automóvil, aceptó complacido. El escandinavo era un joven agradable, y los dos hombres partieron muy animados en dirección a Monte Felici. Durante los siglos XIV y XV se habían secado las fuentes que suministraban agua a la localidad, y la población había descendido montaña abajo. Del pueblo abandonado de la cima sólo restaban dos Iglesias o catedrales de notable esplendor. Atraían profundamente a Bascomb. Se elevaban en campos de malezas floridas, aún brillantes las pinturas de los muros, los frentes adornados con grifos, cisnes y leones con rostros y partes de hombres y mujeres, dragones lanceados, serpientes aladas y otras maravillas de la metamorfosis. Estas vastas y fantásticas casas de Dios recordaban a Bascomb la ilimitada amplitud de la imaginación humana, y así se sentía reanimado y entusiasta. De Monte Felici fueron a San Giorgio donde había unas tumbas pintadas y un teatrillo romano. Se detuvieron para comer en un bosquecillo que estaba a menos altura que la ciudad. Bascomb se internó en el bosque para aliviarse y tropezó con una pareja que estaba haciendo el amor. Ni siquiera se

habían desvestido, y la única carne visible era el trasero desnudo del desconocido. Tante scuse, murmuró Bascomb, y se retiró hacia otro rincón del bosque, pero cuando se reunió con el escandinavo se sentía incómodo. Parecía que la pareja forcejeante había amortiguado sus recuerdos de las catedrales. Cuando llegaron a su villa unas monjas de un convento romano lo esperaban para pedirle que les autografiase sus ejemplares de *El mundo de las manzanas*. Satisfizo el pedido y ordenó a su criada María que les sirviese un poco de vino. Le ofrecieron los cumplidos de costumbre -había creado un universo que parecía dar la bienvenida al hombre; había adivinado la voz de la belleza moral en el viento cargado de lluvia- pero él sólo atinaba a pensar en el trasero del desconocido. Parecía que tenía más fervor y mas sentido que su celebrada búsqueda de la verdad. Parecía que se imponía a todo lo que él había visto ese día: los castillos, las nubes, las catedrales, las montañas y los campos floridos. Cuando las monjas se fueron él elevó los ojos hacia las montañas para reanimar su espíritu, pero entonces las montañas le parecieron pechos de mujeres. La mente se le había ensuciado. Sintió que se apartaba de su obstinación y contemplaba el curso que ella seguía. Oyó a lo lejos el silbato de un tren, ¿y qué extraía de eso su mente extraviada? ¿Las excitaciones del viaje, el prix fixe del coche comedor, la clase de vino que servían en los trenes? Todo parecía bastante inocente hasta que descubrió que su propia mente se deslizaba del coche comedor a los cubículos venéreos del wagon Lit y de allí a la obscenidad grotesca. Creyó saber lo que necesitaba y después de la cena habló a María. Ella siempre lo complacía de buena gana, a pesar de que él siempre insistía en que se bañara. En fin, a causa de los platos hubo cierta demora, y cuando María se fue, él sin duda se sentía mejor, pero tampoco había duda de que no estaba curado.

Durante la noche tuvo sueños obscenos y despertó varias veces tratando de sacudir su agobio o torpidez venérea. Las cosas no mejoraron a la luz de la mañana. La obscenidad -la obscenidad grosera- parecía el único factor de la vida que tenía color y alegría. Después del desayuno subió a su estudio y se sentó frente al escritorio. El universo acogedor, el viento cargado de lluvia que soplaba atravesando el mundo de manzanas se habían esfumado. La suciedad era su destino, su mejor yo, y comenzó con verdadero gusto una extensa balada cuyo título era "El Peto Que Salvó a Atenas". Esa mañana concluyó la balada y la quemó en la estufa que le había regalado el PEN Club de Oslo. La balada era, o había sido hasta que él la quemó, un ejercicio integral y repugnante de escatología, y mientras descendía la escalera que llevaba a su terraza sintió sinceros remordimientos. Pasó la tarde escribiendo una repugnante confesión llamada "La Favorita de Tiberio". A las cinco llegaron dos admiradores -un matrimonio joven- a rendirle su homenaje. Se habían conocido en un tren, cada uno de ellos tenía un ejemplar de las *Manzanas*. Se habían enamorado respondiendo al sentido de amor puro y ardiente que él describía. Como recordaba su labor del día Bascomb inclinó la cabeza.

Al día siguiente escribió "Las Confesiones de un Director de Escuela". A mediodía quemó el manuscrito. Cuando descendía entristecido la escalera que conducía a su terraza encontró en ésta a catorce estudiantes de la Universidad de Roma que, apenas lo vieron, comenzaron a recitar "Los Vergeles del Paraíso" el soneto inicial de *El Mundo de las Manzanas*. Se estremeció. Se le llenaron de lágrimas los ojos. Pidió a María que les sirviese un poco de vino mientras él autografiaba los ejemplares del libro. Después, se alinearon para estrechar su mano impura y regresaron a un ómnibus que los esperaba en el campo -el vehículo que los había traído desde Roma-. Contempló las montañas, que no lograban alegrarlo; elevó los ojos al cielo azul que nada significaba. ¿Dónde estaba el poder de la decencia? ¿Tenía, en efecto, siquiera un mínimo de realidad? ¿La grotesca bestialidad que lo obsesionaba era la verdad soberana? Antes de que concluyese la semana descubriría que el aspecto más agobiador de la obscenidad era su hastío. Si abordaba ardoroso sus proyectos indecentes, los concluía con hastío y vergüenza. El curso que el

pornógrafo sigue parece inexorable, y Bascomb se descubrió repitiendo esa tediosa forma de trabajo que después difunden los inmaduros y los obsesos. Escribió “Las Confesiones de una Criada de la señora”, “La Luna de miel del beisbolista”, y “Una noche en el parque”. Diez días después saboreaba las heces del tonel de la pornografía; estaba componiendo quintillas obscenas. Escribió unas sesenta y las quemó. La mañana siguiente abordó un ómnibus con destino a Roma.

Se alojó en el Minerva, adonde iba siempre, y telefoneó a una extensa lista de amigos, pero descubrió que llegar sin anunciarse a una gran ciudad equivale a no tener amigos y no encontró a nadie en casa. Erró por las calles y cuando entro en un baño público se encontró frente a frente con una prostituta masculina que exhibía su mercancía. Miró fijamente al hombre, con la ingenuidad o el desconcierto de una persona muy vieja. El rostro del hombre era estúpido -aturdido drogado y horrible- y sin embargo mientras desplegaba sus repulsivos ruegos pareció angélico al viejo Bascomb, un ser armado con una espada flamígera que podía imponerse a la trivialidad y destruir el espejo de la costumbre. Salió deprisa. Estaba oscureciendo y esa infernal erupción de estrépito del tránsito que rebota en todos los muros de Roma al anochecer estaba llegando a su culminación. Llegó a una galería de arte de la Vía Sixtina donde el pintor o fotógrafo -era ambas cosas- aparentemente sufría la misma infección que Bascomb, sólo que de un modo más agudo. Regreso a las calles y se preguntó si ese anochecer venéreo que había caído sobre su espíritu tenía cierta universalidad. ¿Quizá el mundo, lo mismo que el propio Bascomb, había perdido el rumbo? Llegó a una sala de conciertos donde se anunciaba un programa de canciones, y creyendo que la música podía elevar los pensamientos de su corazón compró un billete y entró. Había poca gente en el concierto. Cuando apareció el acompañante estaba ocupado sólo un tercio de las butacas Después salió la soprano, una espléndida mujer de cabellos rubio ceniza con un vestido carmesí, y mientras cantaba Die Liebhaber der Brucken el viejo Bascomb repitió la repugnante y lamentable costumbre de imaginar que estaba desnudándola. ¿Tenía el vestido sujeto con broches? ¿Un cierre relámpago? Mientras ella cantaba Die Felds par y después continuaba con Le Temps des lilas et le temps des roses ne reviendra plus. Bascomb decidió que era un cierre relámpago e imaginó que le abría el vestido en la espalda y se lo pasaba suavemente por los hombros. Le pasó el vestido sobre la cabeza mientras cantaba L'Amore Nascondere y desprendió los broches del corpiño durante Les Réves de Pierrot. Suspendió su ensoñación cuando ella se retiró del escenario para hacer gárgaras, pero apenas la cantante regresó al piano, Bascomb comenzó a trabajar con el portaligas y todo lo que éste contenía. Cuando ella se inclinó, en el intervalo, Bascomb aplaudió frenético, pero no celebraba el saber musical de la cantante o sus dotes vocales. Después, pareció que la vergüenza, cristalina e implacable como todas las pasiones, lo envolvía, y Bascomb salió de la sala de conciertos y se dirigió al Minerva, pero el ataque aún no había concluido. Se sentó frente al escritorio en el hotel, y compuso un soneto a la legendaria papisa Juana. Desde el punto de vista técnico era un progreso comparado con las quintillas que había estado escribiendo, pero moralmente nada había mejorado. Por la mañana tomó el ómnibus de regreso al Monte Carbone y en su terraza recibió a varios admiradores agradecidos. Al día siguiente subió a su estudio, escribió unas pocas quintillas y después retiró de los estantes varias obras de Petronio y Juvenal, para ver qué se había realizado antes en ese campo de actividad.

Halló reseñas ingenuas e inocentes de la alegría sexual. No halló ese sentido de perversidad que él experimentaba cuando todas las tardes incineraba su obra en la estufa. ¿Quizá se trataba de que su mundo era mucho más viejo, sus responsabilidades sociales tanto más gravosas, y que la lascivia era la única respuesta al aumento de la ansiedad? ¿Qué era lo que él había perdido? Le pareció en ese momento que era cierto sentido de orgullo, una aureola de agilidad y valor, una suerte de corona. Pensó que sostenía en alto la



corona para examinarla, ¿y qué hallaba? ¿Sencillamente un antiguo miedo al cinturón de papá y al ceño fruncido de mamá, cierto sometimiento infantil al mundo prepotente? Sabía bien que sus propios instintos eran desordenados, abundantes e indiscretos, ¿y él había permitido que el mundo y todas sus lenguas le impusieran una estructura de valores transparentes que convenían a una economía conservadora, a una Iglesia establecida, y a un ejército y una marina belicosos? Le pareció que sostenía la corona, que la elevaba hacia la luz, parecía estar hecha de luz, y lo que en apariencia significaba era el saber auténtico y tonificador de la exaltación y el dolor. Las quintillas que acababa de componer eran inocentes, concretas y alegres. También eran obscenas, pero ¿cuándo habían llegado a ser obscenos los hechos de la vida y cuáles eran las realidades de esta virtud de la cual él tan dolorosamente se despojaba todas las mañanas? Parecía tratarse de las realidades de la ansiedad y el amor: Amelia de pie en el haz diagonal de luz, la noche tormentosa en que nació su hijo, el día que su hija se casó. Uno podía despreciarlas por domésticas, pero eran las mejores que él conocía en la vida -ansiedad y amor- y estaban a un mundo de distancia de la quintilla depositada sobre su escritorio que empezaba: "Había un joven cónsul llamado Cesar / Que tenía una enorme fisura". Quemó su quintilla en la estufa y bajó la escalera.

El día siguiente fue el peor. Se limitó a escribir interminablemente J---r hasta cubrir seis o siete hojas de papel. A mediodía metió todo en el fogón de la cocina. A la hora del almuerzo, María se quemó un dedo, maldijo profusamente y después declaró:

-Tendría que visitar al santo ángel de Monte Giordano.

-¿Qué es ese santo ángel? preguntó él.

-El ángel puede purificar los pensamientos que nacen en el corazón de un hombre -dijo María-. Está en la vieja iglesia de Monte Giordano. Está hecho de madera de olivo del Monte de los Olivos, y lo talló uno de los propios santos. Si usted va en peregrinación purificará su pensamiento.

Lo único que Bascomb sabía de las peregrinaciones era que había que caminar, y que por cierta razón uno llevaba una concha marina. Cuando María fue a hacer la siesta, Bascomb buscó entre las reliquias de Amelia y descubrió una concha marina. Imaginó que el ángel quería un regalo, y de la caja que tenía en su estudio retiró la medalla de oro que el gobierno soviético le había otorgado durante el Jubileo de Lermontov. No despertó a María ni le dejó una nota. Su propia actitud parecía una muestra evidente de senilidad. Nunca se había mostrado, como les ocurre a menudo a los viejos, perversamente esquivo, y tendría que haber informado a María del lugar adonde iba; pero no lo hizo. Comenzó a descender atravesando los viñedos, en dirección al camino principal, en el fondo del valle.

Cuando se acercaba al río, un pequeño Fiat salió del camino principal y estacionó entre los árboles. Un hombre, su esposa y tres hijas pulcramente vestidas descendieron del vehículo y Bascomb se detuvo para mirarlos, cuando advirtió que el hombre portaba una escopeta. ¿Qué se proponía hacer? ¿Asesinar? ¿Suicidarse? ¿Tal vez Bascomb vería un sacrificio humano? Se sentó, oculto por el alto pasto, y vigiló. La madre y las tres hijas estaban muy excitadas. Según parecía, el padre ejercía dominio total. Hablaba un dialecto, y Bascomb no entendía casi nada de lo que decía. El hombre retiró la escopeta de la caja, y deslizó un solo cartucho en la cámara. Después, alineó a su esposa y las tres hijas, y les ordenó que se tapasen los oídos con las manos. Estaban chillando. Después que todo estuvo arreglado, les dio la espalda, apuntó al cielo y disparó. Las tres niñas aplaudieron y gritaron a causa del estrépito y el coraje de su querido padre. El padre devolvió el arma a la caja, todos regresaron al Fiat y se dirigieron, o por lo menos así lo suponía Bascomb, al departamento que ocupaban en Roma.

Bascomb se tendió en el pasto, y se durmió. Soñó que había regresado a su patria. Veía un viejo camión Ford con los cuatro neumáticos desinflados, depositado en un campo de

ranúnculos. Un niño tocado con una corona de papel y cubierto con una toalla de baño, utilizada como manta, rodeaba corriendo la esquina de una casa blanca. Un anciano extrajo un hueso de una bolsa de papel y lo entregó a un perro vagabundo. Las hojas de otoño se amustiaban en una bañera apoyada en garras de león. El trueno lejano lo despertó, y le pareció que era una calabaza. Descendió al camino principal, y allí encontró un perro. El perro temblaba, y Bascomb se preguntó si estaba enfermo, o padecía rabia, o era peligroso, y después vio que el perro temía al trueno. El retumbo provocaba un paroxismo de temblor en la bestia, y Bascomb le acarició la cabeza. Nunca había visto un animal que temiese a la naturaleza. De pronto, el viento agitó las ramas de los árboles, y el animal alzó su viejo hocico para oler la lluvia, varios minutos antes de que comenzara a caer. Era el olor de las iglesias rurales húmedas, las habitaciones vacías de las casas viejas, las chozas de barro, los trajes de baño puestos a secar: un olor tan intenso de alegría que él resopló ruidosamente. Pese a tales transportes, no perdió de vista la necesidad práctica de hallar refugio. A la vera del camino había una chocita para los viajeros de los ómnibus, y allí entraron Bascomb y el perro atemorizado. Las paredes estaban cubiertas con esa clase de suciedad de la cual él deseaba huir, de modo que salió nuevamente. Hacia el fondo del camino se levantaba una casa de campo: una de esas improvisaciones esquizofrénicas que uno ve tan a menudo en Italia. Parecía que la habían bombardeado, reparado y recompuesto, no al azar sino en una agresión intencional contra la lógica. Al costado, un anexo de madera, donde se sentaba un viejo. Bascomb le rogó que tuviese la amabilidad de ofrecerle refugio, y el viejo lo invitó a pasar.

Aparentemente, el anciano tenía la misma edad de Bascomb, pero a éste le pareció que aquel hombre exhibía una admirable serenidad. Tenía la sonrisa amable y el rostro diáfano. Era evidente que nunca lo había acuciado el deseo de escribir versos obscenos. Nunca se vería obligado a realizar una peregrinación con una concha marina en el bolsillo. Tenía un libro sobre las rodillas -un álbum de sellos- y el cuartucho estaba atestado de plantas en sus macetas. No reclamaba a su alma que batiese palmas y cantase, y sin embargo parecía que había alcanzado una esencial paz del espíritu que Bascomb codiciaba. ¿Quizá Bascomb tenía que coleccionar sellos y plantas de maceta? En todo caso, era demasiado tarde. Después, comenzó a llover, el trueno estremeció la tierra, el perro gimió y tembló, y Bascomb lo acarició. Pocos minutos después pasó la tormenta, y Bascomb dio las gracias al anciano y volvió al camino.

Tenía buen andar para tratarse de una persona tan vieja, y como nos ocurre a todos caminaba evocando el recuerdo de una proeza -el amor o el fútbol, Amelia o un buen tiro con la pelota -pero después de una milla o dos comprendió que llegaría a Monte Giordano mucho después de oscurecer, y cuando se detuvo un automóvil y le ofreció llevarlo a la aldea, Bascomb aceptó, alentando la esperanza de que el hecho no frustraría su curación. Aún era de día cuando llegó a Monte Giordano. La aldea era bastante parecida a aquella en que él vivía, y tenía las mismas paredes de toba y líquen amargo. La vieja iglesia se alzaba en el centro de la plaza, pero la puerta estaba cerrada con llave. Preguntó por el sacerdote y lo encontró en un viñedo, quemando recortes vegetales. Explicó que deseaba hacer una ofrenda al santo ángel, y mostró al sacerdote la medalla de oro. El cura quiso saber si era oro auténtico, y entonces Bascomb lamentó haber elegido ese objeto. ¿Por qué no había elegido la medalla que le había entregado el gobierno francés o la de Oxford? Los rusos no aplicaban una marca al oro, de modo que él no podía probar su valor. De pronto, el cura vio que la leyenda estaba escrita en el alfabeto ruso. No sólo era oro falso; era oro comunista, y no representaba un don apropiado para el sagrado ángel. En ese momento se abrieron las nubes y un solo rayo de luz cayó sobre el viñedo e iluminó la medalla. Era un signo. El cura dibujó una cruz en el aire y ambos regresaron a la iglesia.

Era una vieja iglesia de campo, pequeña y pobre. El ángel estaba en una capilla, a la izquierda, y el cura encendió una luz. La imagen, sepultada en joyas, estaba protegida por una jaula de hierro con una puerta provista de candado. El cura abrió la puerta y Bascomb depositó su medalla Lermontov a los pies del ángel. Después, se arrodilló y dijo en voz alta:

-Dios bendiga a Walt Whitman. Dios bendiga a Hart Crane. Dios bendiga a Dylan Thomas. Dios bendiga a William Faulkner, a Scott Fitzgerald y especialmente a Ernest Hemingway. El sacerdote volvió a cerrar el candado que protegía a la sagrada reliquia y los dos hombres salieron de la iglesia. Frente a la plaza había un café y allí Bascomb cenó y alquiló una cama. Era un extraño artefacto de bronce con ángeles de bronce en las cuatro esquinas, pero aparentemente poseía cierta broncea santidad, porque Bascomb soñó escenas de paz y despertó en medio de la noche y sintió esa irradiación que había conocido cuando era más joven. Algo parecía resplandecer en su mente, en sus miembros, en sus pulmones y entrañas, y volvió a dormirse, y durmió hasta la mañana.

Al día siguiente, cuando descendía del Monte Giordano a la carretera oyó el retumbo de una cascada. Se internó en los bosques para verla. Era una cascada natural, un reborde de piedra y una cortina de agua verde, y le recordó una cascada que estaba en el límite de la granja de Vermont donde él había crecido. Una tarde de domingo, cuando era niño, había ido allí, y se había sentado sobre una colina, a cierta altura sobre el estanque. Mientras estaba allí vio a un anciano, los cabellos abundantes y blancos como eran los suyos ahora, que venía por el bosque. El anciano se había desatado los zapatos y desvestido con el apremio de un amante. Primero, se había mojado las manos y los brazos y los hombros, y después había entrado en la corriente, mugiendo de alegría. Después, se había secado con la ropa interior, y se vistió y regresó al bosque, y sólo después de desaparecer Bascomb había comprendido que el viejo era su padre.

Ahora, hizo lo que su padre había hecho se desató los zapatos, desprendió los botones de la camisa, y consciente de que una piedra cubierta de musgo o la fuerza del agua podían ser su fin entró desnudo en el torrente, mugiendo como su padre. Pudo soportar el frío apenas un minuto, pero cuando salió del agua pareció que al fin era él mismo. Bajó al camino principal, donde lo recogió un policía montado, pues María había dado la alarma y todo la provincia estaba buscando al maestro. Su regreso a Monte Carbone fue triunfal, y por la mañana comenzó a componer un extenso poema acerca de la dignidad inalienable de la luz y el aire, una obra que, si bien no lo haría acreedor al Premio Nobel, lograría ennoblecer los últimos meses de su vida.

*Esquire Magazine*, diciembre de 1966

## ***El nadador***

---

Era uno de esos domingos de mediados del verano, cuando todos se sientan y comentan:

-Anoche bebí demasiado. –Quizá uno oyó la frase murmurada por los feligreses que salen de la iglesia, o la escuchó de labios del propio sacerdote, que se debate con su casulla en el vestiarium, o en las pistas de golf y de tenis, o en la reserva natural donde el jefe del grupo Audubon sufre el terrible malestar del día siguiente.

-Bebí demasiado –dijo Donald Westerhazy.

-Todos bebimos demasiado –dijo Lucinda Merrill.

-Seguramente fue el vino –dijo Helen Westerhazy-. Bebí demasiado clarete.

Esto sucedía al borde de la piscina de los Westerhazy. La piscina, alimentada por un pozo artesiano que tenía elevado contenido de hierro, mostraba un matiz verde claro. El tiempo era excelente. Hacía el oeste se dibujaba un macizo de cúmulos, desde lejos tan parecido a una ciudad –vistos desde la proa de un barco que se acercaba- que incluso hubiera podido asignársele nombre. Lisboa. Hackensack. El sol calentaba fuerte. Neddy Merrill estaba sentado al borde del agua verdosa, una mano sumergida, la otra sosteniendo un vaso de ginebra. Era un hombre esbelto –parecía tener la especial esbeltez de la juventud- y, si bien no era joven ni mucho menos, esa mañana se había deslizado por su baranda y había descargado una palmada sobre el trasero de bronce de Afrodita, que estaba sobre la mesa del vestíbulo, mientras se enfilaba hacia el olor del café en su comedor. Podía habersele comparado con un día estival, y si bien no tenía raqueta de tenis ni bolso de marinero, suscitaba una definida impresión de juventud, deporte y buen tiempo. Había estado nadando, y ahora respiraba estertorosa, profundamente, como si pudiese absorber con sus pulmones los componentes de ese momento, el calor del sol, la intensidad de su propio placer. Parecía que todo confluía hacia el interior de su pecho. Su propia casa se levantaba en Bullet Park, unos trece kilómetros hacia el sur, donde sus cuatro hermosas hijas seguramente ya habían almorzado y quizá ahora jugaban a tenis. Entonces, se le ocurrió que dirigiéndose hacia el suroeste podía llegar a su casa por el agua.

Su vida no lo limitaba, y el placer que extraía de esta observación no podía explicarse por su sugerencia de evasión. Le parecía ver, con el ojo de un cartógrafo, esa hilera de piscinas, esa corriente casi subterránea que recorría el condado. Había realizado un descubrimiento, un aporte a la geografía moderna; en homenaje a su esposa, llamaría Lucinda a este curso de agua. No le agradaban las bromas pesadas y no era tonto, pero sin duda era original y tenía una indefinida y modesta idea de sí mismo como una figura legendaria. Era un día hermoso y se le ocurrió que nadar largo rato podía ensanchar y exaltar su belleza.

Se quitó el suéter que colgaba de sus hombros y se zambulló. Sentía un inexplicable desprecio hacia los hombres que no se arrojaban a la piscina. Usó una brazada corta, respirando con cada movimiento del brazo o cada cuatro brazadas y contando en un rincón muy lejano de la mente el uno-dos, uno-dos de la patada nerviosa. No era una brazada útil para las distancias largas, pero la domesticación de la natación había impuesto ciertas costumbres a este deporte, y en el rincón del mundo al que él pertenecía, el estilo crol era usual. Parecía que verse abrazado y sostenido por el agua verde claro era no tanto un placer como la recuperación de una condición natural, y él habría deseado nadar sin pantaloncitos, pero en vista de su propio proyecto eso no era posible. Se alzó sobre el reborde del extremo opuesto –nunca usaba la escalerilla- y comenzó a atravesar el jardín. Cuando Lucinda preguntó adónde iba, él dijo que volvía nadando a casa.

Los únicos mapas y planos eran los que podía recordar o sencillamente imaginar, pero eran bastante claros. Primero estaban los Graham, los Hammer, los Lear, los Howland y los Crosscup. Después, cruzaba la calle Ditmar y llegaba a la propiedad de los Bunker, y después de recorrer un breve trayecto llegaba a los Levy, los Welcher y la piscina pública de Lancaster. Después estaban los Halloran, los Sachs, los Biswanger, Shirley Adams, los Gilmartin y los Clyde. El día era hermoso, y que él viviera en un mundo tan generosamente abastecido de agua parecía un acto de clemencia, una suerte de beneficencia. Sentía exultante el corazón y atravesó corriendo el pasto. Volver a casa siguiendo un camino diferente le infundía la sensación de que era un peregrino, un explorador, un hombre que tenía un destino; y además sabía que a lo largo del camino hallaría amigos: los amigos guarnecerían las orillas del río Lucinda.

Atravesó un seto que separaba la propiedad de los Westerhazy de la que ocupaban los Graham, caminó bajo unos manzanos floridos, dejó tras el cobertizo que albergaba la bomba y el filtro, y salió a la piscina de los Graham.

-Caramba, Neddy –dijo la señora Graham-, qué sorpresa maravillosa. Toda la mañana he tratado de hablar con usted por teléfono. Venga, sírvase una copa. –Comprendió entonces, como les ocurre a todos los exploradores, que tendría que manejar con cautela las costumbres y las tradiciones hospitalarias de los nativos si quería llegar a buen destino. No quería mentir ni mostrarse grosero con los Graham, y tampoco disponía de tiempo para demorarse allí. Nadó la piscina de un extremo al otro, se reunió con ellos al sol y pocos minutos después lo salvó la llegada de dos automóviles colmados de amigos que venían de Connecticut. Mientras todos formaban grupos bulliciosos él pudo alejarse discretamente. Descendió por la fachada de la casa de los Graham, pasó un seto espinoso y cruzó una parcela vacía para llegar a la propiedad de los Hammer. La señora Hammer apartó los ojos de sus rosas, lo vio nadar, pero no pudo identificarlo bien. Los Lear lo oyeron chapotear frente a las ventanas abiertas de su sala. Los Howland y los Crosscup no estaban en casa. Después de salir del jardín de los Howland, cruzó la calle Ditmar y comenzó a acercarse a la casa de los Bunker; aun a esa distancia podía oírse el bullicio de una fiesta.

El agua refractaba el sonido de las voces y las risas y parecía suspenderlo en el aire. La piscina de los Bunker estaba sobre una elevación, y él ascendió unos peldaños y salió a una terraza, donde bebían veinticinco o treinta hombres y mujeres. La única persona que estaba en el agua era Rusty Towers, que flotaba sobre un colchón de goma. ¡Oh, qué bonitas y lujuriosas eran las orillas del río Lucinda! Hombres y mujeres prósperos se reunían alrededor de las aguas color zafiro, mientras los camareros de chaqueta blanca distribuían ginebra fría. En el cielo, un avión de Haviland, un aparato rojo de entrenamiento, describía sin cesar círculos en el cielo mostrando parte del regocijo de un niño que se mece. Ned sintió un afecto transitorio por la escena, una ternura dirigida hacia los que estaban allí reunidos, como si se tratara de algo que él pudiera tocar. Oyó a distancia el retumbo del trueno. Apenas Enid Bunker lo vio comenzó a gritar:

-¡Oh, vean quién ha venido! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Cuando Lucinda me dijo que usted no podía venir, sentí que me moría. –Se abrió paso entre la gente para llegar a él, y cuando terminaron de besarse lo llevó al bar, pero avanzaron con paso lento, porque ella se detuvo para besar a ocho o diez mujeres y estrechar las manos del mismo número de hombres. Un barman sonriente a quien Neddy había visto en cien reuniones parecidas le entregó una ginebra con agua tónica, y Neddy permaneció de pie un momento frente al bar, evitando mezclarse en conversaciones que podían retrasar su viaje. Cuando temió verse envuelto, se zambulló y nadó cerca del borde, para evitar un choque con el flotador de Rusty. En el extremo opuesto de la piscina dejó atrás a los Tomlinson, a quienes dirigió una amplia sonrisa, y se alejó trotando por el sendero del jardín. La grava le lastimaba los pies, pero ése era el único motivo de desagrado. La fiesta se mantenía confinada a los terrenos

contiguos a la piscina, y cuando ya estaba acercándose a la casa oyó atenuarse el sonido brillante y acuoso de las voces, oyó el ruido de un receptor de radio que provenía de la cocina de los Bunker, donde alguien estaba escuchando la retransmisión de un partido de béisbol. Una tarde de domingo. Se deslizó entre los automóviles estacionados y descendió por los límites cubiertos de pasto del sendero, en dirección a la calle Alewives. No deseaba que nadie lo viera en el camino, con sus pantaloncitos de baño pero no había tránsito, y Neddy recorrió la reducida distancia que lo separaba del sendero de los Levy, donde había un letrero indicando: PROPIEDAD PRIVADA, y un recipiente para The New York Times. Todas las puertas y ventanas de la espaciosa casa estaban abiertas, pero no había signos de vida, ni siquiera el ladrido de un perro. Dio la vuelta a la casa, buscando la piscina, y se dio cuenta de que los Levy habían salido poco antes. Habían dejado vasos, botellas y platitos de maníes sobre una mesa instalada hacia el fondo, donde había un vestuario o mirador adornado con farolitos japoneses. Después de atravesar a nado la piscina, consiguió un vaso y se sirvió una copa. Era la cuarta o la quinta copa, y ya había nadado casi la mitad de la longitud del río Lucinda. Se sentía cansado y limpio, y en ese momento lo complacía estar solo; en realidad, todo lo complacía.

Habría tormenta. El grupo de cúmulos –esa ciudad- se había elevado y ensombrecido, y mientras estaba allí, sentado, oyó de nuevo la percusión del trueno. El avión de entrenamiento de Haviland continuaba describiendo círculos en el cielo. Ned creyó que casi podía oír la risa del piloto, complacido con la tarde, pero cuando se descargó otra cascada de truenos, reanudó la marcha hacia su hogar. Sonó el silbato de un tren, y se preguntó qué hora sería. ¿Las cuatro? ¿Las cinco? Pensó en la estación provinciana a esa hora, el lugar donde un camarero, con el traje de etiqueta disimulado por un impermeable, un enano con flores envueltas en papel de diario y una mujer que había estado llorando esperaban el tren local. De pronto comenzó a oscurecer; era el momento en que las aves de cabeza de alfiler parecen organizar su canto anunciando con un sonido agudo y reconocible del agua que caí de la copa de un roble, como si allí hubiesen abierto un grifo. Después, el ruido de fuentes se repitió en las coronas de todos los árboles altos. ¿Por qué le agradaban las tormentas? ¿Qué sentido tenía su excitación cuando la puerta se abría bruscamente y el viento de lluvia se abalanzaba impetuoso escaleras arriba? ¿Por qué la sencilla tarea de cerrar las ventanas de una vieja casa parecía apropiada y urgente? ¿Por qué las primeras notas cristalinas de un viento de tormenta tenían para él el sonido inequívoco de las buenas nuevas, una sugerencia de alegría y buen ánimo? Después, hubo una explosión, olor de cordita, y la lluvia flageló los farolitos japoneses que la señora Levy había comprado en Kioto el año anterior, ¿o quizá era incluso un año antes?

Permaneció en el jardín de los Levy hasta que pasó la tormenta. La lluvia había refrescado el aire, y él temblaba. La fuerza del viento había despejado de sus hojas rojas y amarillas a un arce y las había dispersado sobre el pasto y el agua. Como era mediados del verano seguramente el árbol se agostararía, y sin embargo Ned sintió una extraña tristeza ante ese signo otoñal. Flexionó los hombros, vació el vaso y caminó hacia la piscina de los Welcher. Para llegar necesitaba cruzar la pista de equitación de los Lindley, y lo sorprendió descubrir que el pasto estaba alto y todas las vallas aparecían desarmadas. Se preguntó si los Lindley habían vendido sus caballos o se habían ausentado todo el verano y habían dejado en una pensión los animales. Le pareció recordar haber oído algo acerca de los Lindley y sus caballos, pero el recuerdo no era claro. Continuó caminando, descalzo sobre el pasto húmedo, hacia la casa de los Welcher, donde descubrió que la piscina estaba seca.

La ausencia de este eslabón en su cadena acuática lo decepcionó de un modo absurdo, y se sintió como un explorador que busca una fuente torrencial y encuentra un arroyo seco. Se sintió desilusionado y desconcertado. Era costumbre salir durante el verano, pero nadie vaciaba nunca sus piscinas. Era evidente que los Welcher se habían marchado. Los

muebles de la piscina estaban plegados, apilados y cubiertos con fundas. El vestuario estaba cerrado con llave. Todas las ventanas de la casa estaban cerradas, y cuando dio la vuelta a la vivienda en busca del sendero que conducía a la salida vio un cartel que indicaba EN VENTA clavado a un árbol. ¿Cuándo había oído hablar por última vez de los Welcher...?; es decir, ¿cuándo había sido la última vez que él y Lucinda habían rechazado una invitación a cenar con ellos? Le parecía que hacía apenas una semana, poco más o menos. ¿La memoria le estaba fallando, o la había disciplinado tanto en la representación de los hechos ingratos que había deteriorado su propio sentido de la verdad? Ahora, oyó a lo lejos el ruido de un encuentro de tenis. El hecho lo reanimó, disipó sus aprensiones y pudo mirar con indiferencia el cielo nublado y el aire frío. Era el día que Neddy Merrill atravesaba nadando el condado. ¡El mismo día! Atacó ahora el trecho más difícil.

Si ese día uno hubiera salido a pasear para gozar de la tarde dominical quizá lo hubiera visto, casi desnudo, de pie al borde la Ruta 424, esperando la oportunidad de cruzar. Quizá uno se preguntaría si era la víctima de una broma pesada, si su automóvil había sufrido su desperfecto o si se trataba sencillamente de un loco. De pie, descalzo, sobre los montículos al costado de la autopista –latas de cerveza, trapos viejos y cámaras reventadas- expuesto a todas las burlas, ofrecía un espectáculo lamentable. Al comenzar, sabía que ese trecho era parte de su trayecto –había estado en sus mapas-, pero al enfrentarse a las hileras del tránsito que serpeaban a través de la luz estival, descubrió que no estaba preparado. Provocó risas y burlas, le arrojaron un envase de cerveza, y no podía afrontar la situación con dignidad ni humor. Hubiera podido regresar, volver a casa de los Westerhazy, donde Lucinda sin duda continuaba sentada al sol. No había firmado nada, jurado ni prometido nada, ni siquiera a sí mismo. ¿Por qué, creyendo, como era el caso, que todas las formas de obstinación humana eran asequibles al sentido común no podía regresar? ¿Por qué estaba decidido a terminar su viaje aunque eso amenazara su propia vida? ¿En qué momento esa travesura, esa broma, esa suerte de pirueta había cobrado gravedad? No podía volver, ni siquiera podía recordar claramente el agua verdosa de los Westerhazy, la sensación de inhalar los componentes del día, las voces amistosas y descansadas que afirmaban que ellos habían bebido demasiado. Después de más o menos una hora había recorrido una distancia que imposibilitaba el regreso.

Un anciano que venía por la autopista a veinticinco kilómetros por hora le permitió llegar al medio de la calzada, donde había un refugio cubierto de pasto. Allí se vio expuesto a las burlas del tránsito que iba hacia el norte, pero después de diez o quince minutos pudo cruzar. Desde allí, tenía un breve trecho hasta el Centro de Recreación, que estaba a la salida del pueblo de Lancaster, donde había unas canchas de balonmano y una piscina pública.

El efecto del agua en las voces, la ilusión de brillo y expectativa era la misma que en la piscina de los Bunker, pero aquí los sonidos eran más estridentes, más ásperos y más agudos, y apenas entró en el recinto atestado tropezó con la reglamentación “**TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN DARSE UNA DUCHA ANTES DE USAR LA PISCINA. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN USAR LA PLACA DE IDENTIFICACIÓN**”. Se dio una ducha, se lavó los pies en una solución turbia y acre y se acercó al borde del agua. Hedía a cloro y le pareció un fregadero. Un par de salvavidas apostados en un par de torrecillas tocaban silbatos policiales, aparentemente con intervalos regulares, y agredían a los bañistas por un sistema de altavoces. Neddy recordó añorante el agua color zafiro de los Bunker, y pensó que podía contaminarse –perjudicar su propio bienestar y su encanto- nadando en ese lodazal, pero recordó que era un explorador, un peregrino, y que se trataba sencillamente de un recodo de aguas estancadas del río Lucinda. Se zambulló, arrugando el rostro con desagrado, en el agua clorada y tuvo que nadar con la cabeza sobre el agua para evitar

choques, pero aun así lo empujaron, lo salpicaron y zarandearon. Cuando llegó al extremo menos profundo, ambos salvavidas estaban gritándole:

-¡Eh, usted, el que no tiene placa de identificación, salga del agua!

Así lo hizo, pero no podían perseguirlo, y atravesó el hedor de aceite bronceador y cloro, dejó atrás la empalizada y fue a las pistas de balonmano. Después de cruzar el camino entró en el sector arbolado de la propiedad de los Halloran. No se había desbrozado el bosque, y el suelo fue traicionero y difícil hasta que llegó al jardín y el seto de hayas recortadas que rodeaban la piscina.

Los Halloran eran amigos, y una pareja anciana muy adinerada que parecía regodearse con la sospecha de que podían ser comunistas. Eran entusiastas reformadores, pero no comunistas, y sin embargo cuando se los acusaba de subversión, como a veces ocurría, el incidente parecía complacerlos y excitarlos. El seto de hayas era amarillo, y nadie supuso que estaba agostado, como el arce de los Levy. Dijo “Hola, hola”, para avisar a los Halloran que se acercaba, para moderar su invasión de la intimidad del matrimonio. Por razones que el propio Neddy nunca había llegado a entender, los Halloran no usaban trajes de baño. A decir verdad, no eran necesarias las explicaciones. Su desnudez era un detalle de la inflexible adhesión a la reforma, y antes de pasar la abertura del seto Neddy se despojó cortésmente de sus pantaloncitos.

La señora Halloran, una mujer robusta de cabellos blancos y rostro sereno, estaba leyendo el Times. El señor Halloran estaba extrayendo del agua hojas de haya con una barredera. No parecieron sorprendidos ni desagradados de verlo. La piscina de los Halloran era quizá la más antigua de la región, un rectángulo de lajas alimentado por un arroyo. No tenía filtro ni bomba, y sus aguas mostraban el oro opaco del arroyo.

-Estoy nadando a través del condado –dijo Ned.

-Vaya, no sabía que era posible –exclamó la señora Halloran.

-Bien, vengo de la casa de los Westerhazy –afirmó Ned-. Unos seis kilómetros.

Dejó los pantaloncitos en el extremo más hondo, caminó hacia el extremo contrario y nadó el largo de la piscina. Cuando salía del agua oyó la voz de la señora Halloran que decía:

-Neddy, nos dolió muchísimo enterarnos de sus desgracias.

-¿Mis desgracias? –preguntó Ned-. No sé de qué habla.

-Bien, oímos decir que vendió la casa y que sus pobres niñas...

-No recuerdo haber vendido la casa –dijo Ned-, y las niñas están allí.

-Sí –suspiró la señora Halloran-. Sí... -Su voz impregnó el aire de una desagradable melancolía y Ned habló con brusquedad-. Gracias por permitirme nadar.

-Bien, que tenga un buen viaje –dijo la señora Halloran.

Después del seto, se puso los pantaloncitos y se los ajustó. Los sintió sueltos, y se preguntó si en el curso de una tarde podía haber adelgazado. Tenía frío y estaba cansado, y los Halloran desnudos y sus aguas oscuras lo habían deprimido. El esfuerzo era excesivo para su resistencia, pero ¿cómo podía haberlo previsto cuando se deslizaba por la baranda esa mañana y estaba sentado al sol, en casa de los Westerhazy? Tenía los brazos inertes. Sentía las piernas como de goma y le dolían las articulaciones. Lo peor era el frío en los huesos y la sensación de que quizá nunca volviera a sentir calor. Alrededor, caían las hojas y Ned olió en el viento el humo de leña. ¿Quién estaría quemando leña en esa época del año?

Necesitaba una copa. El whisky podía calentarlo, reanimarlo, permitirle salvar la última etapa de su trayecto, renovar su idea de que atravesar nadando el condado era un acto original y valiente. Los nadadores que atravesaban el canal bebían brandy. Necesitaba un estimulante. Cruzó el prado que se extendía frente a la casa de los Halloran y descendió por un estrecho sendero hasta el lugar en que habían levantado una casa para su única hija,



Helen, y su marido, Eric Sachs. La piscina de los Sachs era pequeña, y allí encontró a Helen y su marido.

-Oh, Neddy –exclamó Helen-. ¿Almorzaste en casa de mamá?

-En realidad, no –dijo Ned-. Pero en efecto vi a tus padres. –Le pareció que la explicación bastaba-. Lamento muchísimo interrumpirlos, pero tengo frío y pienso que podrían ofrecerme un trago.

-Bien, me encantaría –dijo Helen-, pero después de la operación de Eric no tenemos bebidas en casa. Desde hace tres años.

¿Estaba perdiendo la memoria y quizá su talento para disimular los hechos dolorosos lo inducía a olvidar que había vendido la casa, que sus hijas estaban en dificultades y que su amigo había sufrido una enfermedad? Su vista descendió del rostro al abdomen de Eric, donde vio tres pálidas cicatrices de sutura, y dos tenían por lo menos treinta centímetros de largo. El ombligo había desaparecido, y Neddy se preguntó qué podía hacer a las tres de la madrugada la mano errabunda que ponía a prueba nuestras cualidades amatorias, con un vientre sin ombligo, desprovisto de nexo con el nacimiento. ¿Qué podía hacer con esa brecha en la sucesión?

-Estoy segura de que podrás beber algo en casa de los Biswanger –dijo Helen-. Celebran una reunión enorme. Puedes oírlos desde aquí. ¡Escucha!

Ella alzó la cabeza y desde el otro lado del camino, atravesando los prados, los jardines, los bosques, los campos, él volvió a oír el sonido luminoso de las voces reflejadas en el agua.

-Bien, me mojaré –dijo Ned, dominado siempre por la idea de que no tenía modo de elegir su medio de viaje. Se zambulló en el agua fría de la piscina de los Sachs y jadeante, casi ahogándose, recorrió la piscina de un extremo al otro-. Lucinda y yo deseamos muchísimo verlos –dijo por encima del hombro, la cara vuelta hacia la propiedad de los Biswanger-. Lamentamos que haya pasado tanto tiempo y los llamaremos muy pronto.

Cruzó algunos campos en dirección a los Biswanger y los sonidos de la fiesta. Se sentirían honrados de ofrecerle una copa, de buena gana le darían de beber. Los Biswanger invitaban a cenar a Ned y Lucinda cuatro veces al año, con seis semanas de anticipación. Siempre se veían desairados, y sin embargo continuaban enviando sus invitaciones, renuentes a aceptar las realidades rígidas y antidemocráticas de su propia sociedad. Eran la clase de gente que discutía el precio de las cosas en los cócteles, intercambiaba datos acerca de los precios durante la cena, y después de cenar contaba chistes verdes a un público de ambos sexos. No pertenecían al grupo de Neddy, ni siquiera estaban incluidos en la lista que Lucinda utilizaba para enviar tarjetas de Navidad. Se acercó a la piscina con sentimientos de indiferencia, compasión y cierta incomodidad, pues parecía que estaba oscureciendo y eran los días más largos del año. Cuando llegó, encontró una fiesta ruidosa y con mucha gente. Grace Biswanger era el tipo de anfitriona que invitaba al dueño de la óptica, al veterinario, al negociante de bienes raíces y al dentista. Nadie estaba nadando, y la luz del crepúsculo reflejada en el agua de la piscina tenía un destello invernal. Habían montado un bar, y Ned caminó en esa dirección. Cuando Grace Biswanger lo vio se acercó a él, no afectuosamente, como él tenía derecho a esperar, sino en actitud belicosa.

-Caramba, a esta fiesta viene todo el mundo –dijo en voz alta- y también los intrusos.

Ella no podía perjudicarlo socialmente... eso era indudable, y él no se impresionó.

-En mi carácter de intruso –preguntó cortésmente-, ¿puedo pedir una copa?

-Como guste –dijo ella-. No parece que preste mucha atención a las invitaciones.

Le volvió la espalda y se reunió con varios invitados, y Ned se acercó al bar y pidió un whisky. El barman le sirvió, pero lo hizo bruscamente. El suyo era un mundo en que los camareros representaban el termómetro social, y verse desairado por un barman que trabajaba por horas significaba que había sufrido cierta pérdida de dignidad social. O quizá

el hombre era nuevo y no estaba informado. Entonces, oyó a sus espaldas la voz de Grace, que decía:

-Se arruinaron de la noche a la mañana. Tienen solamente lo que ganan. –Y él apareció borracho un domingo y nos pidió que le prestásemos cinco mil dólares... -Esa mujer siempre hablaba de dinero. Era peor que comer guisantes con cuchillo. –Se zambulló en la piscina, nadó de un extremo al otro y se alejó.

La piscina siguiente de su lista, la antepenúltima, pertenecía a su antigua amante, Shirley Adams. Si lo habían herido en la propiedad de los Biswanger, aquí podía curarse. El amor –en realidad, el combate sexual- era el supremo elixir, el gran anestésico, la píldora de vivo color que renovaría la primavera de su andar, la alegría de la vida en su corazón. Habían tenido un asunto la semana pasada, el mes pasado, el año pasado. No lo lograba recordar. Él había interrumpido la relación, que era quien prevalecía, y pasó el portón en la pared que rodeaba la piscina sin que su sentimiento fuese tan ponderado como la confianza en sí mismo. En cierto modo parecía que era su propia piscina, pues el amante, y sobre todo el amante ilícito, goza de las posesiones. La vio allí, los cabellos color de bronce, pero su figura, al borde del agua luminosa y cerúlea, no evocó en él recuerdos profundos. Pensó que había sido un asunto superficial, aunque ella había llorado cuando lo dio por terminado. Parecía confundida de verlo, y Ned se preguntó si aún estaba lastimada. ¿Quizá, Dios no lo permitiese, volvería a llorar?

-¿Qué deseas? –preguntó.

-Estoy nadando a través del condado.

-Santo Dios. ¿Jamás crecerás?

-¿Qué pasa?

-Si viniste a buscar dinero –dijo-, no te daré un centavo más.

-Podrías ofrecerme una bebida.

-Podría, pero no lo haré. No estoy sola.

-Bien, ya me voy.

Se zambulló y nadó a lo largo de la piscina, pero cuando trató de alzarse con los brazos sobre el reborde descubrió que ni los brazos ni los hombros le respondían, así que chapoteó hasta la escalerilla y trepó por ella. Mirando por encima del hombro vio, en el vestuario iluminado, la figura de un joven. Cuando salió al prado oscuro olió crisantemos y caléndulas –una tenaz fragancia otoñal- en el aire nocturno, un olor intenso como de gas. Alzó la vista y vio que habían salido las estrellas, pero ¿por qué le parecía estar viendo a Andrómeda, Cefeo y Casiopea? ¿Qué se había hecho de las constelaciones de mitad del verano? Se echó a llorar.

Probablemente era la primera vez que lloraba siendo adulto y en todo caso la primera vez en su vida que se sentía tan desdichado, con tanto frío, tan cansado y desconcertado. No podía entender la dureza del barman o la dureza de una amante que le había rogado de rodillas y había regado de lágrimas sus pantalones. Había nadado demasiado, había estado mucho tiempo en el agua, y ahora tenía irritadas la nariz y la garganta. Lo que necesitaba era una bebida, un poco de compañía y ropas limpias y secas, y aunque hubiera podido acortar camino directamente, a través de la calle, para llegar a su casa, siguió en dirección a la piscina de los Gilmartin. Aquí, por primera vez en su vida, no se zambulló y descendió los peldaños hasta el agua helada y nadó con una brazada irregular que quizá había aprendido cuando era niño. Se tambaleó de fatiga de camino hacia la propiedad de los Clyde, y chapoteó de un extremo al otro de la piscina, deteniéndose de tanto en tanto a descansar con la mano aferrada al borde. Había cumplido su propósito, había recorrido a nado el condado, pero estaba tan aturdido por el agotamiento que no veía claro su propio triunfo. Encorvado, aferrándose a los pilares del portón en busca de apoyo, subió por el sendero de su propia casa.

El lugar estaba a oscuras. ¿Era tan tarde que todos se habían acostado? ¿Lucinda se había quedado a cenar en casa de los Westerhazy? ¿Las niñas habían ido a buscarla, o estaban en otro lugar? ¿O habían convenido, como solían hacer el domingo, rechazar todas las invitaciones y quedarse en casa? Probó las puertas del garaje para ver qué automóviles había allí, pero las puertas estaban cerradas con llave y de los picaportes se desprendió óxido que le manchó las manos. Se acercó a la casa y vio que la fuerza de la tormenta había desprendido uno de los caños de desagüe. Colgaba sobre la puerta principal como la costilla de un paraguas; pero eso podía arreglarse por la mañana. La casa estaba cerrada con llave, y él pensó que la estúpida cocinera o la estúpida criada seguramente habían cerrado todo, hasta que recordó que hacía un tiempo que no empleaban criada ni cocinera. Gritó, golpeó la puerta, trató de forzarla con el hombro y después, mirando por las ventanas, vio que el lugar estaba vacío.

*The New Yorker*, 18 de julio de 1964.

## ***Adiós, hermano mío***

---

Somos una familia que siempre estuvo espiritualmente muy unida. Nuestro padre se ahogó en un accidente marino cuando éramos pequeños, y nuestra madre siempre destacó el hecho de que nuestras relaciones de familia tienen una suerte de permanencia que nunca volveremos a encontrar. No pienso mucho en la familia, pero cuando recuerdo a sus miembros y la costa en que vivían y la sal marina que según creo fluye por nuestras venas, me alegro de recordar que soy un Pommeroy (que tengo la nariz, el color de la piel y la promesa de la longevidad) y que si bien no somos una familia distinguida, cuando nos reunimos compartimos la ilusión de que los Pommeroy son únicos. No digo esto porque me interese en la historia de la familia o porque este sentimiento de originalidad sea profundo o importante para mí, sino para aclarar la idea de que nos guardamos mutua lealtad a pesar de nuestras diferencias, y de que cualquier acto que implique faltar a esta lealtad es fuente de confusión y dolor.

Somos cuatro hijos; mi hermana Diana y los tres hombres, Chaddy, Lawrence y yo. Como ocurre en la mayoría de las familias en que los hijos ya sobrepasaron la veintena, nos hemos separado a causa del trabajo, el matrimonio y la guerra. Helen y yo vivimos en Long Island, con nuestros cuatro hijos. Yo enseñé en un colegio secundario y ya pasé la edad en que espero me designen director, pero respeto mi trabajo. Chaddy, que ha prosperado más que el resto, vive en Manhattan con Odette y sus hijos. Mamá vive en Filadelfia, y después de su divorcio Diana ha estado residiendo en Francia, pero en verano vuelve a Estados Unidos para pasar un mes en el Promontorio. El Promontorio es un lugar de veraneo en la costa de una de las islas de Massachusetts. Solíamos tener aquí un cottage, y durante los años veinte nuestro padre construyó la gran casa. Se levanta sobre un risco, a orillas del mar, y salvo Saint Tropez y algunas aldeas de los Apeninos, es mi lugar favorito en el mundo. Todos compartimos la propiedad del lugar y contribuimos con dinero a su mantenimiento.

Nuestro hermano menor, Lawrence, es abogado, y después de la guerra consiguió empleo en una firma de Cleveland, y no lo vimos durante cuatro años. Cuando decidió salir de Cleveland para ir a trabajar con una firma de Albany, escribió que entre un empleo y el otro pasaría diez días en el Promontorio con su esposa y sus dos hijos. Por entonces yo había proyectado tomar mis vacaciones –había estado dictando cursos en la escuela de verano- y Helen y Chaddy y Odette y Diana también se proponían ir, de modo que volvería a reunirse toda la familia. Lawrence es el miembro de la familia con quien el resto de nosotros tiene menos en común. Nunca lo tratamos mucho, e imagino que por eso lo llamamos Tifty, un sobrenombre que le pusieron cuando era niño, porque cuando atravesaba el vestíbulo en dirección al comedor, para tomar el desayuno, sus pantuflas hacían un ruido que sonaban como “tifty, tifty, tifty”. Así lo llamaba mi padre, y todos los demás adoptaron el nombre. Cuando creció, Diana a veces lo llamaba Jesusito, y mamá a menudo lo llamaba Gruñón. Lawrence nos había inspirado antipatía, pero esperábamos su regreso con una mezcla de aprensión y lealtad, y con un poco de la alegría y del placer de recuperar a un hermano.

Una tarde de fines del verano Lawrence llegó desde tierra firme en la lancha de las cuatro, y Chaddy y yo fuimos a recibirlo. Las arribadas y las partidas del ferry estival exhiben todos los signos exteriores que sugieren un viaje –silbatos, campanillas, carretillas de mano, reuniones y el olor de la brea- pero es un viaje sin importancia, y esa tarde, cuando vi entrar la lancha en el puerto de las olas azules y pensé que estaba terminando un viaje sin importancia, comprendí que se me había ocurrido exactamente el tipo de

observación que seguramente habría formulado el propio Lawrence. Buscamos su rostro detrás de los parabrisas cuando los automóviles abandonaron la embarcación, y lo reconocimos fácilmente. Y nos acercamos corriendo, le estrechamos la mano, y torpemente besamos a su esposa y a los niños. -¡Tifty! –gritó Chaddy-. ¡Tifty! –Es difícil juzgar los cambios sobrevenidos en la apariencia de un hermano, pero mientras recorríamos en auto la distancia que nos separaba del Promontorio, Chaddy y yo concordamos en que Lawrence aún parecía muy joven. Él fue el primero en subir a la casa, y nosotros retiramos las maletas de su automóvil. Cuando entré, estaba de pie en la sala, conversando con mamá y Diana. Ellas vestían sus mejores prendas y se adornaban con todas sus joyas, y le ofrecían una bienvenida extravagante; pero incluso entonces, cuando todos trataban de mostrarse muy afectuosos y en una situación en que esos esfuerzos son particularmente fáciles, advertí cierta tensión en la sala. Pensé en el asunto mientras ascendía la escalera llevando las pesadas maletas de Lawrence, y comprendí que nuestras antipatías estás tan arraigadas como nuestras pasiones más dignas, y recordé que cierta vez, hacía de eso veinticinco años, cuando yo había golpeado a Lawrence en la cabeza con una piedra, él se había incorporado y había ido a quejarse directamente a nuestro padre.

Subí las maletas hasta el segundo piso, donde Ruth, la esposa de Lawrence había empezado a acomodar a su familia. Es una muchacha delgada, y parecía que el viaje la había fatigado mucho, pero cuando le pregunté si no deseaba que le subiese una copa, me contestó que no quería desearlo.

Cuando descendí no vi a Lawrence, pero los demás se disponían a beber sus cócteles, de modo que decidimos seguir adelante sin esperarlo. Lawrence es el único miembro de la familia a quien nunca le agradó la bebida. Llevamos los cócteles a la terraza, desde donde podíamos ver los riscos, y el mar y las islas hacia el este, y el retorno de Lawrence y su esposa, la presencia de ambos en la casa pareció reavivar nuestras reacciones ante el espectáculo conocido; se hubiera dicho que nos llegaba el placer que ellos debían sentir con el movimiento y el color de esa costa, después de tan prolongada ausencia. Mientras estábamos allí Lawrence vino subiendo por el sendero desde la playa.

-Tifty, ¿no te parece fabulosa la playa? –preguntó mamá-. ¿No es maravilloso haber vuelto? ¿Quieres un Martini?

-No me interesa –dijo Lawrence-. Whisky, gin... no me importa lo que bebo. Sírvenme un poco de ron.

-No tenemos *ron* –dijo mamá. Era la primera nota áspera. Ella nos había enseñado que nunca debíamos mostrarnos irresolutos, que nunca teníamos que contestar como había contestado Lawrence. Fuera de eso, le preocupa profundamente el buen orden de su casa, y todo lo que parece irregular, por ejemplo beber ron puro o llevar a la mesa una lata de cerveza, le provoca un conflicto al que no puede sobreponerse ni siquiera con su amplio sentido del humor. Percibió la aspereza y trató de enmendarse.

-Tifty querido, ¿deseas un poco de whisky irlandés? –dijo-. ¿No es lo que siempre te agradó? Hay un poco de whisky irlandés en el armario. ¿Por qué no te sirves un poco de whisky irlandés? –Lawrence dijo que no le interesaba. Se sirvió un Martín, y entonces llegó Ruth y fuimos a cenar.

Aunque mientras esperábamos a Lawrence habíamos bebido demasiado, todos hicimos lo posible por demostrar buenas maneras y mantener la paz. Mamá es una mujercita cuyo rostro aún constituye un notable recordatorio de lo bonita que seguramente fue antes, y cuya conversación es por demás intrascendente; pero esa noche habló de un proyecto de recuperación de tierras que están ejecutando en el interior de la isla. Diana es tan bonita como seguramente lo fue mamá; es una mujer vivaz y encantadora que se complace en hablar de los amigos disolutos que conoció en Francia, pero esa noche habló de la escuela de Suiza donde dejó a sus dos hijos. Comprendí que se había planeado la cena de modo

que complaciera a Lawrence. No era excesivamente lujosa, y nada había que lo indujera a pensar que nos mostráramos extravagantes.

Después de la comida, cuando regresamos a la terraza, las nubes emitían esa clase de resplandor que parece sangre, y yo me alegré de que el primer día de su regreso al hogar, Lawrence pudiera gozar de un atardecer tan fastuoso. Hacía pocos minutos que estábamos allí cuando un hombre llamado Edward Chester vino a buscar a Diana. Lo había conocido en Francia, o en el barco que la trajo de regreso al país, y él se proponía permanecer diez días en la posada de la aldea. Fue presentado a Lawrence y a Ruth y después se fue con Diana.

-¿Ahora se acuesta con ese? –preguntó Lawrence.

-¡Qué groserías dices! –exclamó Helen.

-Tifty, deberías retirar lo que dijiste –afirmó Chaddy.

-No sé –dijo mamá con expresión fatigada-. No sé, Tifty. Diana puede hacer lo que quiere, y yo no suelo hacer preguntas sórdidas. Es mi única hija. No la veo a menudo.

-¿Regresa a Francia?

-Vuelve dentro de dos semanas.

Lawrence y Ruth estaban sentados en el borde de la terraza, no en las sillas, ni en el círculo de sillas. Con su boca dura, mi hermano me pareció entonces un clérigo puritano. A veces, cuando intento comprender su actitud mental, pienso en los comienzos de nuestra familia en este país, y la desaprobación que mostró frente a Diana y su amante me recuerdan el tema. La rama de los Pommeroy a la cual pertenecemos fue fundada por un ministro a quien Cotton Mather exaltó por su infatigable adjuración del Demonio. Los Pommeroy fueron pastores hasta mediados del siglo XIX, y la severidad de su pensamiento –el hombre está destinado a sufrir, y toda la belleza terrenal es lasciva y corrupta- se ha conservado en libros y sermones. El temperamento de nuestra familia cambió un poco y llegó a ser más vivaz, pero recuerdo haber conocido en mi infancia a muchos primos que eran hombres y mujeres ancianos que parecían remontarse a los tiempos sombríos del sacerdocio y sentirse animados por la culpa perpetua y la exaltación del castigo divino. Si uno se educa en esta atmósfera –y en cierto sentido fue nuestro caso- el espíritu rechaza con mucha dificultad sus propias tendencias al sentimiento de culpa, la autohumillación, el carácter taciturno y la penitencia; y probablemente a causa de ese género de dificultades había sucumbido el espíritu de Lawrence.

-¿Esa es Casiopea? –preguntó Odette.

-No, querida –respondió Chaddy-. No es Casiopea.

-¿Quién era Casiopea? –preguntó Odette.

-Era la esposa de Cefeo y la madre de Andrómeda –dijo.

-La cocinera es fanática de los gigantes –dijo Chaddy-. Está dispuesta a apostar que ganarán el campeonato.

Había oscurecido tanto que podíamos ver en el cielo el movimiento de la luz del faro de Cabo Heron. En las sombras, bajo el risco, restallaban las detonaciones constantes de la marejada. Y entonces, como hace a menudo cuando oscurece y bebí demasiado antes de la comida, mamá comenzó a hablar de las mejoras y las ampliaciones que un día haría en la casa, y de los anexos, los cuartos de baño y los jardines.

-Dentro de cinco años esta casa se hundirá en el mar –dijo Lawrence.

-Tifty el Gruñón –observó Chaddy.

-No me llames Tifty –dijo Lawrence.

-Jesusito –dijo Chaddy.

-El muro de defensa está muy agrietado –agregó Lawrence-. Lo examiné esta tarde. Ustedes mandaron repararlo hace cuatro años, y costó ocho mil dólares. No se puede hacer eso cada cuatro años.

-Por favor, Tifty –rogó mamá.

-Es la realidad –continuó Lawrence-, y es una idea absurda construir una casa al borde del risco sobre una costa que está hundiéndose. Desde que conozco este lugar, desapareció la mitad del jardín y hay más de un metro de agua donde antes teníamos una casilla.

-Tengamos una conversación muy *general* –dijo acremente mamá-. Hablemos de política o del baile en el club náutico.

-En realidad –siguió Lawrence-, es posible que la casa ya corra peligro. Con mar muy agitado, si se desencadena un huracán, es probable que se derrumbe el muro y desaparezca la casa. Podríamos ahogarnos todos.

-No aguanto más –dijo mamá. Entró en la despensa y regresó con una copa llena de gin.

Ya soy demasiado viejo para crearme capaz de juzgar los sentimientos ajenos, pero advertí la tensión que había entre Lawrence y mamá, y conocía algunas de las causas. Lawrence tenía apenas dieciséis años cuando llegó a la conclusión de que mamá era frívola, perversa y destructiva, y de que además poseía un carácter excesivamente fuerte. Una vez que adoptó esa posición, decidió separarse de ella. En ese tiempo estaba en un internado, y recuerdo que en Navidad no volvió a casa. Pasó la Navidad con un amigo. Después de formular ese juicio desfavorable acerca de mamá, muy pocas veces vino a casa; y cuando en efecto nos visitaba, en el curso de la conversación siempre trataba de recordarle que él se había separado. Cuando se casó con Ruth, no dijo una palabra a mamá. Tampoco le comunicó el nacimiento de sus hijos. Pero pese a estos predeterminados y prolongados esfuerzos, y a diferencia del resto de la familia, nunca pareció agradarle la separación; y cuando se reúnen uno siente inmediatamente que los envuelve una atmósfera tensa y equívoca.

En cierto sentido fue lamentable que mamá eligiese esa noche para emborracharse. Está en su derecho, y no se embriaga a menudo, y felizmente no se mostró belicosa; pero todos tuvimos conciencia de lo que estaba ocurriendo. A medida que bebía tranquilamente su gin, parecía alejarse con tristeza de todos; como si hubiera iniciado una suerte de viaje. Después, su humor pasó de la excursión viajera al sentimiento de ofensa, y formuló unas pocas observaciones petulantes e inconexas. Cuando su copa ya estaba casi vacía, miró irritada el aire oscuro frente a su nariz, y movió un poco la cabeza, como un buceador. Comprendí que en su mente ya no había espacio para todas las ofensas que comenzaban a acumularse. Sus hijos eran estúpidos, el marido se había ahogado, los criados robaban y la silla que ahora ocupaba era incómoda. De pronto, depositó sobre la mesa la copa vacía e interrumpió a Chaddy, que hablaba de béisbol.

-Una *cosa* sé –dijo con voz ronca-. Sé que si hay un más allá, tendré una familia muy diferente. Tendré hijos fabulosamente ricos, ingeniosos y encantadores.– Se puso de pie y comenzó a caminar hacia la puerta, y casi se cayó. Chaddy la sostuvo y la ayudó a subir la escalera. Alcancé a oír las afectuosas despedidas, y después Chaddy regresó. Supuse que Lawrence ya debía sentirse fatigado de su viaje y su regreso; pero de todos modos permaneció en la terraza, como deseoso de asistir al desaguado definitivo; y nosotros lo dejamos allí y fuimos a nadar en la oscuridad.

La mañana siguiente, cuando me desperté o medio me desperté, alcancé a oír el ruido de una persona que peloteaba en la cancha de tenis. Es un ruido más débil y más profundo que el de las campanillas desacordadas de una boya –un tintineo metálico y arrítmico- y en mi mente evoca los comienzos de un día estival, es un grato portento. Cuando descendía la planta baja, los dos hijos de Lawrence estaban en la sala, vestidos con llamativos trajes de vaqueros. Son niños delgaduchos y miedosos. Me dijeron que el padre estaba pasando el rodillo en la cancha de tenis, pero ellos no deseaban salir porque habían visto una serpiente cerca de la puerta. Les dije que sus primos –los restantes niños- estaban desayunando en la

cocina, y que ellos debían hacer lo mismo. Al oír mis palabras, el varón comenzó a llorar. Después, su hermana lo imitó. Lloraban como si el acto mismo de ir a la cocina y comer representara la destrucción de sus derechos más preciosos. Les pedí que se sentaran conmigo. Entró Lawrence y le pregunté si quería jugar tenis. Respondió que no, muchas gracias, aunque quizás pudiese sostener un encuentro individual con Chaddy. En eso tenía razón, porque él y Chaddy juegan mejor tenis que yo; y en efecto, después del desayuno jugó varios encuentros con Chaddy pero después, cuando el resto descendió para jugar dobles, Lawrence desapareció. Su actitud me contrarió –imagino que sin motivo- pero de todos modos solemos jugar dobles muy interesantes entre los miembros de la familia, y Lawrence habría podido participar aunque sólo fuese por cortesía.

Entrada la mañana, cuando volví solo de la cancha de tenis, vi a Tifty en la terraza; con su cortaplumas estaba retirando un guijarro de la pared.

-¿Qué pasa, Lawrence? –pregunté-. ¿Termitas? –Hay termitas en la madera, y ya nos han dado bastante trabajo.

Me mostró, en la base de cada hilera de guijarros, una suave línea azul de tiza de carpintero.

-Esta casa tiene unos veintidós años –dijo-. Los guijarros tendrán doscientos años. Estoy seguro de que papá compró guijarros en todas las granjas cercanas cuando construyó la casa, porque quería que pareciese venerable. Todavía puedes ver los restos de tiza del carpintero en los sitios en que armó estas antigüedades.

Yo lo había olvidado, pero lo del ripio era verdad. Cuando se construyó la casa, nuestro padre, o su arquitecto, había ordenado que se cubriese por ripio mohoso y gastado por el tiempo. Pero no entendía por qué Lawrence pensaba que era una actitud escandalosa.

-Y mira estas puertas –continuó Lawrence-. Mira estas puertas y los marcos de las ventanas.-Nos acercamos a una gran puerta holandesa que se abre sobre la terraza y miré lo que él me señalaba. Era una puerta relativamente nueva, pero alguien se había esforzado mucho para disimular su condición. Con una herramienta metálica se había lastimado profundamente la superficie, se había aplicado pintura blanca en las incisiones para imitar la brea, el líquen y la acción del tiempo.

-Imagina que se gastaron miles de dólares para lograr que una casa sólida pareciese una ruina –dijo Lawrence-. Imagina la actitud mental que eso implica. Imagina que el deseo de vivir en el pasado es tan intenso que uno paga a los carpinteros para desfigurar la puerta principal. –Entonces recordé la sensibilidad de Lawrence al decurso del tiempo y sus sentimientos y opiniones acerca de nuestras reacciones ante el pasado. Años antes yo le había oído decir que nosotros, nuestros amigos y el grupo social al que pertenecíamos, como nos sentíamos incapaces de afrontar los problemas del presente, lo mismo que un adulto deformado volvíamos los ojos hacia lo que creíamos había sido una época más feliz y más sencilla, y que nuestra propensión a la reconstrucción y a la luz de las velas era una demostración de este fracaso irremediable. La tenue línea azul de la tiza le había recordado estas ideas, la puerta deteriorada las había reforzado y, de pronto, se le ofrecían un indicio tras otro: la severa penumbra de la puerta, el cuerpo macizo de la chimenea, el ancho de las tablas del piso y las clavijas que se habían aplicado a las tablas para que parecieran tarugos. Mientras Lawrence me sermoneaba acerca de estos defectos del carácter, los demás volvieron a la cancha de tenis. Apenas mamá vio a Lawrence, reaccionó, y yo comprendí que no había mucha esperanza de obtener una relación fluida entre la matriarca y el delfín trocado. Mamá aferró del brazo a Chaddy.

-Vamos a nadar y a beber Martinis en la playa –dijo-. Organicemos una mañana *fabulosa*.

Esa mañana el mar mostraba un color sólido, como piedra verde. Salvo Tifty y Ruth todos fueron a la playa.



-Él no me importa –dijo mamá. Estaba excitada, e inclinó la copa y volcó un poco de gin sobre la arena. –Él no me importa. No me importa que se muestre *grosero* y *horrible* y *malhumorado*, pero lo que no soporto son las caras de sus pobres hijitos, esos niños fabulosamente desgraciados. –Separados por la altura del risco, todos comentaron coléricos la persona de Lawrence; cómo había empeorado en lugar de mejorar, y también que, a diferencia del resto, siempre se esforzaba por arruinar todos los placeres. Bebimos nuestro gin; la crítica violenta pareció alcanzar un crescendo y después, uno por uno, fuimos a nadar en el agua verde compacta. Pero cuando salimos del mar nadie mencionó con desagrado a Lawrence; se suspendió la conversación insultante, como si el ejercicio de la natación hubiese tenido la fuerza depuradora que se atribuye al bautismo. Nos secamos las manos y encendimos cigarrillos, y si se mencionó a Lawrence fue sólo para sugerir amablemente algo que podía complacerlo. ¿Quizás querría navegar hasta la caleta de Barin o ir a pescar?

Y ahora recuerdo que durante la visita de Lawrence salíamos a nadar con más frecuencia que de costumbre, y creo que había una razón que explicaba esa conducta. Cuando la irritabilidad que se acumulaba como consecuencia de su compañía comenzaba a agotar nuestra paciencia, no sólo con Lawrence sino entre nosotros mismos, salíamos a nadar y disolvíamos la irritación en el agua fría. Evoco la imagen de la familia, nerviosa a causa de los desaires infligidos por Lawrence, todos sentados sobre la arena, y los veo internarse en el mar, zambullirse y nadar, y percibo en sus voces cómo se restablece la paciencia y cada uno vuelve a descubrir un fondo de inagotable buena voluntad. Si Lawrence advertía este cambio –esta ilusión de purificación- supongo que habrá encontrado en el vocabulario de la psiquiatría o en la mitología de la Atlántida un nombre pomposo para designarlo; pero no creo que percibiese el cambio. No alcanzó a bautizar a las potencias curativas del mar abierto, pero fue una de las pocas oportunidades de denigrar algo que desaprovechó.

Ese año nuestra cocinera era una polaca llamada Ana Ostrovick; y la habíamos empleado por todo el verano. Una cocinera de primera categoría –una mujer corpulenta, gruesa, animosa y trabajadora que tomaba en serio su tarea. Le agradaba cocinar y que la gente apreciara y comiese lo que ella preparaba, y siempre que la veíamos nos exhortaba a comer. Dos o tres veces por semana horneaba medialunas y brioches, las traía personalmente al comedor y decía: “Coman, coman, ¡coman!”. Cuando la criada llevaba la vajilla de regreso a la cocina, a veces oíamos a Ana que la esperaba allí y decía: “¡Bien! Comen”. Alimentaba al recolector de residuos, al lechero y al jardinero. “¡Coman!”, les decía. “¡Coman, coman!” Los jueves por la tarde iba al cine con la criada, pero los filmes no le agradaban porque los actores eran muy delgados. Permanecía una hora y media sentada en la oscuridad del cine, espionando ansiosa la pantalla, porque deseaba ver a alguien que de veras gozara de la comida. Bette Davis dejaba a Ana la impresión de una mujer que no ha comido bien. “Son tan flacos”, decía cuando salía del cine. Por la noche, después de habernos atiborrado a todos, y de lavar las ollas y las cacerolas, recogía las migajas de la mesa y salía a alimentar a la creación. Ese año teníamos algunas gallinas, y aunque a esas horas ya dormían, Ana volcaba la comida en las artesas y exhortaba a comer a los animales somnolientos. Alimentaba a los pájaros cantores del huerto y a las ardillas del patio. Su aparición al principio del jardín y su voz premiosa –la oíamos llamar: “¡Coman, coman, coman!”, lo mismo que el cañonazo del atardecer en el club náutico y el desplazamiento del rayo de luz de Cabo Heron, había acabado por unirse con esa hora del día. “¡Coman, coman, coman!”, oíamos la voz de Ana. “Coman, coman...” Después, oscurecía.

Tres días después de la llegada de Lawrence, Ana me llamó a la cocina. –Dígale a su madre -dijo- que *él* no debe entrar en mi cocina. Si *él* viene a cada rato a mi cocina, yo me marchó. *Él* siempre está entrando en mi cocina a decirme que soy una mujer muy

desdichada. Siempre está diciéndome que trabajo demasiado y no me pagan bastante y que tengo que afiliarme al sindicato, y tener vacaciones. ¡Ah! Es tan flacucho, y sin embargo siempre se mete en la cocina cuando yo estoy trabajando, y viene a compadecerme, pero yo no soy menos que él. Soy igual *a todos*, y no tengo que soportar que personas como él se crucen a cada rato en mi camino y me compadezcan. Soy una cocinera excelente y famosa y siempre tengo empleo, y si vine a trabajar aquí este verano, la única razón es que antes nunca estuve en una isla, pero mañana mismo puedo tener empleo, y si él siempre viene a mi cocina a compadecerme dígame a su madre que yo me marchó. No soy menos que *nadie*, y no necesito que ese esqueleto venga a cada rato a decirme que soy una pobre mujer.

Me alegró comprobar que la cocinera estaba de nuestro lado, pero percibí que la situación era delicada. Si mamá pedía a Lawrence que se alejase de la cocina, él aprovecharía la ocasión para ofenderse. Era capaz de ofenderse por todo, y a veces parecía que, cuando se sentaba a la mesa con su rostro sombrío, todas las palabras ofensivas herían inexorablemente a su dignidad, y para el caso poco importaba a quién estuvieran dirigidas en realidad. No mencioné a nadie la queja de la cocinera, pero por una razón o por otra no se suscitaron más dificultades en ese sector.

Después, tuve un entredicho con Lawrence a causa de nuestras partidas de *backgammon*.

Cuando estamos en el Promontorio, jugamos mucho *backgammon*. A las ocho, después de beber café, generalmente preparamos el tablero. En cierto modo, es uno de nuestros momentos más agradables. Las lámparas de la habitación todavía están apagadas, Ana está en el jardín penumbroso, y en el cielo, sobre la cabeza de la cocinera, se dibujan continentes de sombras y rojo. Mamá enciende la luz y agita los dados como una señal. Acostumbramos jugar tres partidos cada uno, cada miembro de la familia con el resto. Jugamos por dinero, y uno puede ganar o perder cien dólares en un encuentro, pero las apuestas generalmente son mucho más bajas. Creo que Lawrence solía jugar –no lo recuerdo bien- pero ahora ya no lo hace. No se arriesga. No porque sea pobre o porque afirme determinados principios acerca del juego, sino porque piensa que el juego es absurdo y dedicarse a eso es pura pérdida de tiempo. Sin embargo, se muestra muy dispuesto a perder su tiempo mirando cómo nosotros jugamos. Noche tras noche apenas comenzábamos a jugar, él acercaba una silla al tablero, y miraba las piezas y los dados. Su expresión era desdeñosa, y sin embargo observaba atentamente. Yo me preguntaba por qué nos miraba noche tras noche, y creo que gracias a la observación de las expresiones de su rostro llegué a descubrirlo.

Lawrence no se arriesga, de modo que no puede entender cómo excita ganar y perder dinero. Creo que ha olvidado cómo se juega, de modo que las complejas alternativas del encuentro no le interesan. Sus observaciones tendían a abarcar varios hechos: que el *backgammon* es un juego para personas ociosas y además un juego de azar, y que el tablero, marcado con puntos, era un símbolo de nuestra inutilidad. Y como no comprende el juego ni sus alternativas y riesgos, llegué a la conclusión de que lo que le interesaba debía ser la familia misma. Cierta noche, yo estaba jugando con Odette –había ganado treinta y siete dólares a mamá y a Chaddy- y creo que entonces comprendí lo que pasaba por su mente.

Odette tiene ojos y cabellos negros. Se cuida de exponer jamás su piel blanca demasiado tiempo al sol, y por eso el sorprendente contraste del negro con el blanco no cambia en verano. Necesita y merece admiración –es lo que la satisface- y coquetea sin mala intención con todos los hombres. Esa noche tenía los hombros desnudos, el corte del vestido mostraba la división de los pechos y los descubría cuando ella se inclinaba sobre el tablero para jugar. Perdía y coqueteaba y conseguía que sus pérdidas pareciesen parte del

galanteo. Chaddy estaba en el cuarto contiguo. Odette perdió tres partidos, y cuando concluyó el tercero se recostó en el sofá y mirándome a los ojos dijo algo acerca de un paseo por las dunas para compensar la pérdida. Lawrence la oyó. Yo miré a Lawrence. Pareció sentirse chocado y gratificado al mismo tiempo, como si desde siempre hubiese sospechado que no jugábamos por nada tan insustancial como el dinero. Por supuesto, es posible que yo esté equivocado, pero creo que Lawrence sintió que mientras miraba nuestro encuentro de *backgammon* estaba observando el desarrollo de una cruel tragedia en la cual el dinero que ganábamos y perdíamos era el símbolo de riesgos más fundamentales. Es muy propio de Lawrence tratar de hallar un significado y un sentido trascendente a todos los gestos que nosotros esbozamos, y puede asegurarse que cuando Lawrence descubre la lógica íntima de nuestra conducta, se revelará que ésta en definitiva tiene un fondo de sordidez.

Chaddy vino a jugar conmigo. Ni a Chaddy ni a mí nos ha agradado jamás perder cuando nos enfrentamos. Cuando éramos niños se nos prohibía jugar juntos, porque siempre acabábamos peleándonos. Creemos conocernos íntimamente. Yo pienso que él es prudente; él cree que yo soy tonto. Siempre hay mala sangre cuando jugamos lo que fuere –tenis o *backgammon* o softbol o bridge- y en efecto a veces parece que estamos jugando por la posesión de las libertades del antagonista. Cuando juego con Chaddy y pierdo no puedo dormir. Todo esto no es más que la mitad de la verdad de nuestra relación de competencia, pero era la media verdad que Lawrence podía discernir, y su presencia frente a la mesa me molestó tanto que perdí dos encuentros. Traté de disimular la cólera cuando me retiré del tablero. Lawrence me miraba. Salí a la terraza, para asimilar en la oscuridad la irritación que siempre siento cuando pierdo frente a Chaddy.

Cuando volví a la sala, Chaddy y mamá estaban jugando. Lawrence continuaba mirando. Según él veía las cosas, Odette había perdido su virtud conmigo, yo había perdido mi dignidad, arrebatada por Chaddy, y ahora yo me preguntaba qué veía él en el encuentro que estaba desarrollándose. Observaba absorto, como si las fichas opacas y el tablero marcado permitieran una suerte de canje de potencias decisivas. ¡Qué dramáticos debieron parecerle el tablero con su anillo de luz, y los tranquilos jugadores y el estruendo de mar frente a la casa! Aquí podía visualizar una forma de canibalismo espiritual; aquí, bajo sus propias narices, hallaba los símbolos del trato rapaz que los seres humanos se dispensan mutuamente.

Mamá practica un juego astuto, ardiente e impulsivo. Siempre tiene las manos en el tablero del antagonista. Cuando juega con Chaddy, que es su favorito, lo hace prestando la mayor atención posible. Lawrence tendría que haberlo sabido. Mamá es una mujer sentimental. Tiene buen corazón, y éste se deja conmover fácilmente por las lágrimas y la fragilidad, una característica que, como su nariz bien dibujada, no ha variado en absoluto con la edad. El dolor ajeno la inquieta profundamente, y a veces parece que intenta adivinar en Chaddy un pesar, una pérdida tal que ella pueda acudir a socorrerlo y reparar la situación, y reestablecer de ese modo la relación que mantenía con él cuando Chaddy era pequeño y estaba enfermo. A mamá le encanta defender a los débiles y los añiados, y ahora que todos somos mayores eso le falta. El mundo de las deudas y los negocios, los hombres y la guerra, la caza y la pesca la soliviantaban. (Cuando papá se ahogó, mamá se deshizo de su caña de pescar y de sus escopetas). Nos ha prodigado interminables sermones acerca de la necesidad de la independencia, pero cuando volvemos a ella buscando confortamiento y ayuda –sobre todo si se trata de Chaddy- se diría que revive. Imagino que Lawrence pensó que la mujer entrada en años y su hijo estaban jugando para conquistar cada uno el alma del otro.

Mamá perdió.

-Oh, *Dios mío* –dijo. Se la veía deprimida y agobiada, como ocurre siempre que pierde. –Tráeme los anteojos, tráeme la chequera, tráeme algo de beber.

Lawrence se puso al fin de pie y estiró las piernas. Nos miró con expresión sombría. El viento y el mar golpeaban con más fuerza, y me pareció que si él oía las olas seguramente le parecían nada más que una oscura respuesta a todas sus oscuras preguntas; que pensaba que la marea había apagado las brasas de los fuegos de nuestro picnic. La compañía de una mentira es intolerable; y Lawrence parecía la expresión misma de una mentira. Yo no podía explicarle los sencillos e intensos placeres de jugar por dinero, y me parecía repulsivamente errado que él se hubiera sentado frente al tablero y hubiese llegado a la conclusión de que cada uno de nosotros jugaba para conquistar el alma del antagonista. Caminó inquieto por la habitación, dos o tres veces, y después, como de costumbre, nos envió el tiro final.

-Yo diría que ustedes están locos –dijo-, aferrados así, unos con otros, noche tras noche. Vamos, Ruth, voy a acostarme.

Esa noche soñé con Lawrence. Vi su rostro ingrato convertido en una máscara de fealdad, y cuando desperté por la mañana sentía náuseas, como si hubiese sufrido una grave pérdida espiritual mientras dormía, como si hubiese perdido valor y ánimo. Era absurdo que me dejase perturbar por mi hermano. Yo necesitaba unas vacaciones. Necesitaba aflojar la tensión. En la escuela vivimos en uno de los dormitorios colectivos, comemos en el comedor del establecimiento y jamás salimos. No sólo enseño inglés invierno y verano sino que trabajo en el despacho del director y disparo la pistola en las carreras de posta. Necesitaba alejarme de eso y de todas las restantes formas de ansiedad, y decidí evitar a mi hermano. Ese día temprano llevé a navegar a Helen y a los niños, y permanecemos fuera de la casa hasta la hora del almuerzo. Al día siguiente salimos de picnic. Después, tuve que ir un día a Nueva York, y cuando regresé tuve ante mí la perspectiva del baile de disfraz en el club náutico. Lawrence no quería asistir, y en esa fiesta yo siempre me divierto muchísimo.

Ese año, las invitaciones decían que uno podía ir como se le antojara. Después de varias conversaciones, Helen y yo habíamos decidido qué podíamos usar. Según afirmó, ella deseaba sobre todo volver a ser novia y por lo tanto decidió usar su vestido de bodas. Me pareció que era una idea acertada: sincera, alegre y barata. Su elección influyó sobre la mía, y decidí usar un viejo uniforme de fútbol. Mamá resolvió disfrazarse de Jenny Lind, porque en el desván se guardaba un viejo vestido de Jenny Lind. Los demás prefirieron alquilar disfraces, y cuando fui a Nueva York conseguí las ropas. Lawrence y Ruth no participaron en esto.

Helen era miembro de la comisión encargada de la fiesta, y dedicó la mayor parte del viernes a adornar el club. Diana y Chaddy y yo fuimos a navegar. Ahora casi siempre navego en Manhasset, y estoy acostumbrado, al regreso, a guiarme por la barcaza que trae la gasolina y los techos de aluminio del galpón de botes, y esa tarde, cuando volvíamos, fue un placer mantener la proa enfilada sobre la línea del campanario blanco de la iglesia, en la aldea, y descubrir que incluso el agua del canal era verde y limpia. Al cabo de nuestra salida, nos detuvimos en el club para recoger a Helen. La comisión había intentado dar a la sala de baile el aspecto de un submarino, y como casi habían logrado crear esa ilusión, Helen se sentía muy feliz. Regresamos en automóvil al Promontorio. Había sido una tarde magnífica, pero en el camino a casa pudimos oler el viento del este –el viento sombrío, como habría dicho Lawrence- que venía del mar.

Mi esposa, Helen, ha cumplido treinta y ocho años, y supongo que tendría los cabellos canos si no se los tiñese, pero se los tiñe de un amarillo discreto –un color desvaído- y yo creo que eso le sienta. Esa noche, mientras se vestía, preparé cócteles, y cuando subí a

llevarle una copa la vi con su traje de bodas por primera vez desde que nos casamos. No tendría sentido decir que me pareció más hermosa que el día de nuestra boda, pero como ahora tengo más años y según creo sentimientos más hondos, y porque esa noche pude ver en su rostro al mismo tiempo la juventud y la edad, es decir tanto su felicidad a la joven que ella había sido como las cosas que ha rendido con elegancia al paso del tiempo, creo que nunca me sentí tan profundamente conmovido. Ya me había puesto el uniforme de fútbol, y su peso, y el peso de los pantalones y las hombreras, habían provocado un cambio en mí, como si al vestir esas viejas prendas yo hubiese desechado los razonables sentimientos de ansiedad y las perturbaciones de mi vida. Era como si ambos hubiésemos retornado a los años anteriores a nuestro matrimonio, a los años que precedieron a la guerra.

Los Collard ofrecieron una gran cena antes del baile, y nuestra familia –excepto Lawrence y Ruth- se contó entre los invitados. Fuimos en automóvil al club, a través de la niebla, alrededor de las nueve y media. La orquesta tocaba un vals. Mientras yo entregaba mi impermeable alguien me dio una palmada en la espalda. Era Chucky Ewing, y lo divertido del caso era que Chucky vestía un uniforme de fútbol. A los dos la cosa nos pareció infernalmente cómica. Estábamos riéndonos cuando atravesamos el corredor que lleva al salón de baile. Me detuve en la puerta para contemplar la fiesta, y de veras era hermoso. La comisión había colgado redes de pescar a los costados y del cielo raso. Las redes del cielo raso estaban llenas de globos de colores. La luz era suave e irregular, y la gente –nuestros amigos y vecinos- bailaba en la suave luz a los sonos de “Las tres de la mañana”, y formaban un hermoso cuadro. De pronto, vi que muchas mujeres estaban vestidas de blanco y comprendí que, lo mismo que Helen, habían elegido vestidos de boda. Patsy Hewitt y la señora Gear y la chica Lackland pasaron danzando, vestidas de novias. Después, Pep Talcott se acercó adonde estábamos Chucky y yo. Se había disfrazado de Enrique VIII, pero nos dijo que los mellizos Auerbach y Henry Barrett y Dwight Mac Gregor habían venido con uniformes de fútbol, y que según la última cuenta habían diez novias en el salón.

Esta coincidencia tan divertida hizo reír a todos, de modo que la fiesta fue una de las más animadas que hemos visto en el club. Al principio, creí que las mujeres se habían combinado para usar vestidos de boda, pero bailé con varias y me dijeron que era coincidencia, y por mi parte estaba seguro de que Helen había adoptado sola su decisión. Para mí todo anduvo sobre rieles hasta poco antes de medianoche. Vi a Ruth de pie al borde de la pista. Llevaba un largo vestido rojo. Lo cual estaba muy mal. Ciertamente, no era el espíritu de la fiesta. Bailé con ella, pero nadie se acercó, y por cierto yo no pensaba pasar el resto de la noche bailando con Ruth, y por eso le pregunté dónde estaba Lawrence. Dijo que afuera, en el muelle, y yo la llevé al bar, la dejé allí y salí a buscar a Lawrence.

La niebla del este era espesa y húmeda, y Lawrence estaba solo en el muelle. No se había disfrazado. Ni siquiera se había molestado en parecer un pescador o un marinero. Se lo veía especialmente sombrío. La niebla nos envolvía como un humo frío. Hubiera deseado que fuese una noche clara, porque la niebla que venía del este parecía hacer el juego de mi misantrópico hermano. Y comprendí que las boyas –los engranajes y las campanas que alcanzábamos a oír- sin duda le parecían gritos de seres semi humanos, medio ahogados, a pesar de que todos los marineros saben que las boyas son artefactos necesarios y dignos de confianza, y yo sabía que la sirena del faro para él implicaba la pérdida del rumbo y la muerte, y que era capaz de interpretar erradamente la alegría de la músicaailable.

-Entremos, Tifty –dije-, y baila con tu esposa o consíguele compañeros.

-¿Por qué tengo que hacerlo? – dijo-. ¿Por qué tengo que hacerlo? - Y se acercó a la ventana y observó la fiesta. –Mira –dijo-, Mira eso...

Chucky Ewing se había apoderado de un globo y trataba de organizar una línea de jugadores de fútbol en medio del salón. El resto bailaba un samba. Y comprendí que Lawrence miraba con expresión sombría la fiesta, del mismo modo que había mirado el ripio castigado por el tiempo de nuestra casa, como si viese aquí un modo de insultar y deformar el tiempo; como si nuestro deseo de parecer novias y jugadores de fútbol revelase el hecho de que, ahora que se había apagado en nosotros la luz de la juventud, no fuéramos capaces de encontrar otras luces que iluminaran nuestro camino y, privados de fe y principios, hubiésemos caído en el absurdo y la melancolía. Y que pensara tal cosa de tanta gente buena, feliz y generosa me irritó, me llevó a sentir hacia él un aborrecimiento tan antinatural que me avergoncé, porque es mi hermano y es un Pommeroy. Le pasé el brazo sobre los hombros y traté de obligarlo a entrar, pero no quiso.

Regresé a tiempo para el Gran Desfile, y después que se distribuyeron los premios a los mejores disfraces, soltaron los globos. Hacía mucho calor en el salón, y alguien abrió las grandes puertas que comunicaban con el muelle, y el viento del este recorrió el salón y salió, llevándose la mayoría de los globos hacia el muelle y después al agua. Chucky Ewing salió corriendo en pos de los globos, y cuando vio que sobrepasaban el muelle y se posaban en el agua, se quitó el uniforme de fútbol y se zambulló. Entonces, Eric Auerbach hizo lo mismo y Lew Phillips otro tanto y yo también, y ya se sabe cómo es una fiesta después de medianoche, cuando la gente comienza a sacudirse en el agua. Recuperamos la mayoría de los globos y nos secamos y continuamos bailando, y no regresamos a casa hasta la mañana.

Al día siguiente se inauguraba la exposición floral. Mamá y Helen y Odette habían enviado flores. Tomamos un almuerzo improvisado y Chaddy llevó a la muestra a las mujeres y los niños. Yo dormí una siesta, y a media tarde conseguí unos pantaloncitos y una toalla, y cuando salía de la casa pasé frente a Ruth, que estaba en el lavadero. Estaba lavando ropa. No sé por qué ella siempre parece tener mucho más trabajo que todo el mundo; lo cierto es que siempre está lavando o planchando o remendando ropas. Quizás cuando era niña le enseñaron a pasar así el tiempo, o también es posible que la domine cierta pasión expiatoria. Se diría que friega y plancha con fervor penitente, aunque no alcanzo a imaginar qué pecado cree haber cometido. Sus hijos la acompañan en el lavadero. Les ofrecí ir conmigo a la playa, pero no quisieron.

Era fines de agosto, y el viento que soplaba desde tierra tenía un hálito vinoso a causa de las vides silvestres que crecen profusamente en toda la isla. Hay un bosquecillo de enredadera al final del sendero, y después uno trepa las dunas, donde sólo hay pasto duro. Alcanzaba a oír el mar, y recuerdo que pensé que Chaddy y yo solíamos hablar místicamente del mar. Cuando éramos jóvenes, habíamos llegado a la conclusión de que jamás podríamos vivir en el Oeste porque extrañaríamos el mar. “Esto es muy bonito”, solíamos decir cortésmente cuando visitábamos a la gente de las montañas, “pero extrañamos el Atlántico”. Acostumbrábamos mirar con aire de superioridad a la gente de Iowa y Colorado, a quienes se había negado esta revelación, y desdeñábamos al Pacífico. Ahora, yo podía oír las olas, cuya pesantez sonaba como una reverberación, como un tumulto, y me agradaba como me había agradado muchos años antes, y parecía poseer una fuerza depuradora, como si limpiase mi memoria, entre otras cosas, de la imagen penitente de Ruth en el lavadero.

Pero Lawrence estaba en la playa. Se había sentado. Entré en el agua sin hablar. El agua estaba fría, y cuando salí me puse una camisa. Le dije que pensaba caminar hasta la Punta Tanners, y él contestó que me acompañaría. Traté de caminar al lado de Lawrence. Sus piernas son más largas que las mías, pero siempre le agrada adelantarse un poco a su

acompañante. Caminando detrás de Lawrence, mirando su cabeza inclinada y sus hombros, me pregunté cómo interpretaría el paisaje.

Había dunas y riscos, y cuando éstos descendían, algunos campos que habían comenzado a virar del verde al pardo y el amarillo. Los campos se usaban para apacentar ovejas, y creo que Lawrence habrá advertido que el suelo estaba erosionado y que las ovejas tenían que acelerar el proceso de decadencia. Después de los campos hay algunas granjas costeras, con casas cuadradas y acogedoras, pero Lawrence habría podido destacar la vida dura del agricultor de las islas. Del otro lado, el mar era mar abierto. Nosotros siempre decimos a los invitados que allí, hacia el este, se extiende la costa de Portugal, y para Lawrence sin duda ha de ser fácil pasar de la costa de Portugal a la tiranía de España. Las olas rompían con un ruido que parecía repetir “hurra, hurra, hurra”, pero en los oídos de Lawrence debían sonar “*adiós, adiós*”. Imagino que a su mente odiosa e incisiva se le habrá ocurrido que la costa era una morena terminal, el borde del mundo prehistórico, y que también habrá pensado que tanto en espíritu como materialmente recorriamos el borde del mundo conocido. Y si por cualquier razón omitía ese hecho, venían a recordárselo algunos aviones de la marina que estaban bombardeando una isla deshabitada.

Esa playa es un vasto paisaje, mágicamente limpio y sencillo. Es como un fragmento lunar. La marea había apisonado el suelo, de modo que era fácil caminar, y todo lo que quedaba sobre la arena había sido modificado dos veces por las olas. Estaba el esqueleto de una concha, un palo de escoba, parte de una botella y un pedazo de ladrillo, ambos golpeados y quebrados hasta ser casi irreconocibles, e imagino que el ánimo melancólico de Lawrence –pues mantenía gacha la cabeza– pasaba de una cosa rota a otra. La compañía de su pesimismo comenzó a irritarme, y lo alcancé y apoyé una mano en su hombro.

-Tifty, no es más que un día de verano –dije-. Nada más que un día de verano. ¿Qué pasa? ¿No te gusta?

-No me gusta –dijo suavemente, sin levantar los ojos-. Venderé a Chaddy mi parte de la casa. No esperaba pasarlo bien. Vine únicamente para despedirme.

Dejé que se adelantara nuevamente, y caminé detrás, mirando sus hombros y pensando en todas las despedidas en las que había participado. Cuando papá se ahogó, fue a la iglesia y se despidió de nuestro padre. Apenas tres años después llegó a la conclusión de que mamá era una mujer frívola y se despidió de ella. Durante su primer año en la universidad había sido muy buen amigo de su compañero de cuarto, pero el muchacho bebía demasiado, y al comienzo del período de primavera Lawrence cambió de compañero de pieza y se despidió de su amigo. Ya llevaba dos años en la universidad, y llegó a la conclusión de que la atmósfera era excesivamente cerrada, y se despidió de Yale. Se inscribió en Columbia y allí obtuvo su diploma de abogado, pero descubrió que su primer patrón era deshonesto, y al cabo de seis meses se despidió de un buen empleo. Se casó con Ruth en el registro civil y se despidió de la Iglesia Episcopal Protestante; fueron a vivir a una calle retirada de Tuckahoe y se despidió de la clase media. En 1938 fue a Washington para trabajar como abogado del gobierno, y se despidió de la empresa privada; pero después de pasar ocho meses en Washington llegó a la conclusión de que el gobierno de Roosevelt tendía al sentimentalismo, y decidió despedirse. Salieron de Washington y fueron a un suburbio de Chicago, y allí se despidió sucesivamente de sus vecinos, culpables de embriaguez, hastío y estupidez. Se despidió de Chicago y fue a Kansas; se despidió de Kansas y fue a Cleveland. Ahora, se había despedido de Cleveland para volver otra vez al Este, y se había detenido en el Promontorio el tiempo necesario para despedirse del mar.

Todo eso era elegíaco y era reaccionario y estrecho, y confundía la pedantería con el carácter, y yo deseaba ayudarlo.

-Sal de todo eso –le dije-. Tifty, sal de todo eso.

-¿Qué salga de qué?

-Que salgas de esa actitud sombría. Abandónala. No es más que un día de verano. Estás arruinando tu propia diversión y la de todos. Tifty, necesitamos las vacaciones. Yo las necesito. Tengo que descansar. A todos nos viene bien. Y tú consigues que todos se sientan nerviosos y molestos. En todo el año tengo sólo dos semanas. Dos semanas. Necesito pasarlo bien, y lo mismo digo de todos los demás. Necesitamos descansar. Crees que tu pesimismo es una ventaja, pero no es más que la negativa a aceptar las realidades.

-¿Cuáles son las realidades? –preguntó-. Diana es una mujer tonta y promiscua. Lo mismo que Odette. Mamá es alcohólica. Si no se controla, dentro de un año o dos estará en un hospital. Chaddy es deshonesto. Siempre lo fue. La casa amenaza caerse al mar. –Me miró y agregó, como si acabara de ocurrírsele: -Tú eres un tonto.

-Tú eres un hijo de puta amargado –dijo-. Un hijo de puta amargado.

-Sácame de encima tu cara gorda –dijo. Y siguió caminando. Entonces, alcé una raíz y acercándome por detrás –aunque antes jamás había golpeado por detrás a un hombre- eché hacia atrás el brazo que sostenía la raíz, cargada de agua de mar, y el impulso aceleró el movimiento de mi brazo y descargué un golpe sobre la cabeza de mi hermano, y él cayó de rodillas en la arena, y vi que le brotaba sangre y comenzaban a oscurecerse los cabellos. Entonces, quise que muriese, que estuviese muerto y listo para ser enterrado, no enterrado pero sí listo para ser enterrado, porque no deseaba que nos privara de la decorosa ceremonia del servicio fúnebre, cuando llegase el momento de expulsarlo de mi conciencia, e imaginé a todo el resto de la familia –Chaddy y mamá, y Diana y Helen- velando el cadáver en la casa de la calle Belvedere, demolida hace veinte años, recibiendo en la puerta a los invitados y los parientes, y respondiendo con educado pesar a sus educadas condolencias. No faltaba ningún detalle decoroso, de modo que aunque lo habían asesinado en una playa uno debía sentir antes de que concluyese la fatigosa ceremonia que él había llegado al ocaso de su vida y que era consecuencia de una ley natural, una hermosa ley, que Tifty fuese enterrado en el suelo frío, muy frío.

Aún estaba arrodillado. Miré a un extremo y al otro. Nadie nos había visto. La playa desnuda, como un fragmento lunar, se sumergía en la invisibilidad. El resto de una ola, en un movimiento saltarín, llegó hasta el lugar en que él se arrodillaba. Aún hubiera deseado acabarlo, pero ahora había comenzado a comportarme como si en mí se hubiesen reunido dos hombres, el asesino y el samaritano. Con un rugido veloz, como un vacío hecho sonido, una ola blanca lo alcanzó y lo rodeó, se agitó sobre sus hombros y yo lo sostuve para evitar que el reflujó lo arrastrase. Después, lo llevé a un lugar más alto. La sangre se había extendido sobre sus cabellos, de modo que ahora parecía negra. Me quité la camisa y la desgarré para vendarle la cabeza. Estaba consciente y no me pareció que la herida fuese grave. No habló. Tampoco yo hablé. Después, lo dejé allí.

Recorrí un corto trecho de la playa y me volví para mirarlo, y en ese instante pensaba en mi propio pellejo. Él se había incorporado y parecía seguro sobre sus pies. Aún había bastante luz diurna, pero el viento marino traía vapores de brea que soplaban como una suave bruma, y cuando me alejé un poco de Lawrence apenas pude ver su figura sombría en la oscuridad. Alcanzaba a ver por toda la playa el movimiento del denso aire salino. Después, le di la espalda y cuando estuve más cerca de la casa volví a nadar, como según parece hice durante todo ese verano después de cada encuentro con Lawrence.

Cuando regresé a la casa, me recosté en la terraza. Los demás regresaron. Pude oír a mamá que criticaba los arreglos florales que habían conquistado algunos premios. Ninguno de los nuestros había ganado nada. Después, la casa se acalló, como ocurre siempre a esa hora. Los niños fueron a la cocina a cenar y el resto subió al piso alto para bañarse. Después, oí los movimientos de Chaddy que preparaba cocteles, y se reanudó la conversación acerca de los jueces de la muestra floral. De pronto, mamá gritó:



-¡Tifty! ¡Tifty! ¡Oh, Tifty!

Estaba de pie en la puerta y parecía medio muerto. Se había quitado la venda ensangrentada y la sostenía en la mano.

-Mi hermano me hizo esto –dijo-. Mi hermano me lo hizo. Me golpeó con una piedra... o algo así... en la playa. –La voz se le quebró de compasión de sí mismo. Pensé que se echaría a llorar. Nadie habló.

-¿Dónde está Ruth? ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde mierda está Ruth? Quiero que empiece a empacar. No quiero perder más tiempo aquí. Tengo cosas importantes que hacer. Tengo cosas *importantes* que hacer. –Y subió la escalera.

A la mañana siguiente partieron en la lancha de las seis. Mamá se levantó para despedirlos, pero fue la única, y es fácil imaginarse la tensión de la escena, la matriarca y el delfín trocado, mirándose con un desaliento que debió asemejarse a las potencias del amor puestas del revés. Oí las voces de los niños y el ruido del automóvil que descendía por el sendero, y me levanté y me acerqué a la ventana, ¡y qué mañana! ¡Dios mío, qué mañana! Soplaba viento del norte. Un aire límpido. En el calor temprano, las rosas del jardín olían como jalea de frutillas. Mientras me vestía oí el silbato de la lancha, primero la señal de advertencia y después el doble golpe de sirena, y alcancé a ver la buena gente de la cubierta alta bebiendo café en frágiles tazas de papel y a Lawrence a proa, diciendo al mar: “*Thalassa, Thalassa*”, mientras sus niños tímidos e infelices miraban la creación aferrados por los brazos de su madre. Las boyas seguramente repicaban su toque de difuntos para Lawrence, y aunque la gracia de la luz dificultaba mucho no abrir los brazos y proferir exclamaciones exultantes, los ojos de Lawrence sin duda exploraban el mar oscuro que se extendía a popa; y pensaría en el fondo, oscuro y extraño, donde a sus buenas cinco brazas yace nuestro padre.

Oh, ¿qué puede hacerse con un hombre así? ¿Qué puede hacer uno? ¿Cómo disuadir a su ojo de modo que en una multitud no distinga la mejilla con acné, la mano deforme; cómo enseñarle a reaccionar ante la grandeza inestimable de la raza, y la dura belleza superficial de la vida; cómo llevar su mano para que palpe las verdades obstinadas ante las que el miedo y el error son impotentes? Esa mañana el mar apareció iridiscente y oscuro. Mi hermana y mi esposa –Helen y Diana- nadaban, y vi sus cabezas, negro y oro en el agua oscura. Las vi salir y vi que estaban desnudas, desvergonzadas, bellas y plenas de gracia, y contemplé a las mujeres desnudas saliendo del mar.

## Reunión

---

La última vez que vi a mi padre fue en la Estación Gran Central. Yo iba de la casa de mi abuela, en los Adirondack, a un *cottage* en el Cabo alquilado por mi madre, y escribí a mi padre que estaría en Nueva York, entre dos trenes, durante una hora y media, y le pregunté si podíamos almorzar juntos. Su secretaria me escribió diciendo que él se encontraría conmigo a mediodía frente al mostrador de información, y a las doce en punto lo vi venir entre la gente. Para mí era un desconocido –mi madre se había divorciado de él hace tres años y desde entonces no lo había visto- pero apenas lo vi sentí que era mi padre, un ser de mi propia sangre, mi futuro y mi condenación. Supe que cuando creciera me parecería a él; tendría que planear mis campañas ateniéndome a sus limitaciones. Era un hombre alto y apuesto, y me complació enormemente volver a verlo. Me palmeó la espalda y estrechó mi mano.

-Hola, Charlie –dijo-. Hola, hijo. Me agradecería llevarte a mi club, pero está en la calle 60, y si tienes que tomar el tren será mejor que comamos aquí. – Me pasó el brazo sobre los hombros, y yo olí a mi padre del mismo modo que mi madre huele una rosa. Era una intensa mezcla de whisky, loción de afeitar, pomada de zapatos, lanas y el olor de un varón maduro. Abrigué la esperanza de que alguien nos viera juntos. Deseé que pudiéramos fotografiarnos. Quería conservar un recuerdo de nuestra reunión.

Salimos de la estación y entramos por una calle lateral, y entramos en un restaurante. Aún era temprano, y el local estaba vacío. El barman estaba disputando con un repartidor, y al lado de la puerta de la cocina había un camarero muy viejo con una chaqueta roja. Nos sentamos, y mi padre llamó en alta voz al camarero.

-*Kellner!* –gritó-. *Garçon! Cameriere!* ¡Usted! –En el restaurante vacío su estridencia parecía fuera de lugar. –¡Alguien que pueda atendernos! –gritó-. Chop-chop. –Después, batió palmas. Así atrajo la atención del camarero, que arrastrando los pies se acercó a nuestra mesa.

-¿Usted golpeó las manos para llamarme? –preguntó.

-Cálmese, cálmese, *Sommelier* –dijo mi padre-. Si no es demasiado pedirle... si no significa imponerle una obligación excesiva, desearíamos un par de Gibson.

-No me gusta que me llamen golpeando las manos –dijo el camarero.

-Tendría que haber traído mi silbato –dijo mi padre-. Tengo un silbato que es audible sólo para los camareros viejos. Bien, prepare su anotador y su lapicito y vea si puede escribirlo bien: Dos Gibson. Repita conmigo: Dos Gibson.

-Será mejor que vaya a otro lugar –dijo en voz baja el camarero.

-Ésa –dijo mi padre- es una de las sugerencias más brillantes que he oído jamás. Vamos, Charlie, salgamos de esta covacha.

Salí del restaurante con mi padre y entramos en otro. Esta vez no se mostró tan ruidoso. Llegaron las bebidas, y me interrogó acerca de la temporada del campeonato de béisbol. Después, golpeó con el cuchillo el borde de la copa vacía y de nuevo empezó a gritar.

-*Garçon! Kellner! Cameriere!* ¡Usted! Puede molestarse en traernos dos más de lo mismo.

-¿Qué edad tiene el muchacho? – preguntó el camarero.

-Eso –dijo mi padre- qué mierda le importa.

-Lo siento, señor –dijo el camarero- pero no serviré otra bebida al muchacho.

-Bien, tengo algo que decirle –dijo mi padre-. Tengo algo muy interesante que decirle. Ocurre que no es el único restaurante en Nueva York. Abrieron otro en la esquina. Vamos, Charlie.

Pagó la cuenta y salimos de ese restaurante y entramos en otro. Aquí, los camareros tenían chaquetas rosadas, como cazadores, y de las paredes colgaban diferentes arreos. Nos sentamos, y mi padre empezó a gritar otra vez.

-¡Perrero mayor! Ijuuuú y todo eso. Queremos beber algo para el estribo. A saber, dos Bibson.

-¿Dos Bibson? –preguntó el camarero, sonriendo.

-Maldito sea, sabe muy bien lo que deseo –dijo irritado mi padre-. Quiero dos Gibson, y de prisa. Las cosas han cambiado en la vieja y alegre Inglaterra. Así me dice mi amigo el duque. Veamos qué puede darnos Inglaterra cuando pedimos un coctel.

-No estamos en Inglaterra –dijo el camarero.

-No discuta conmigo –replicó mi padre-. Haga lo que le ordenan.

-Pensé que tal vez desearía saber dónde está –dijo el camarero.

-Si hay algo que no puedo tolerar –dijo mi padre-, es a los criados insolentes. Vamos, Charlie.

El cuarto lugar era italiano.

-Buon giorno –dijo mi padre-. *Per favore, possiamo avere due cocktail americani, forti, forti. Molto gin, poco vermut.*

-No entiendo italiano –dijo el camarero.

-Oh, vamos –dijo mi padre-. Entiende italiano, y claro que lo entiende. *Vogliamo due cocktail americani. Subito.*

El camarero se retiró y habló con su jefe, que se acercó a nuestra mesa y dijo:

-Lo siento, señor, pero esta mesa está reservada.

-Muy bien –dijo mi padre-. Denos otra mesa.

-Todas las mesas están reservadas –dijo el jefe de camareros.

-Entiendo –dijo mi padre-. No desean servirnos. ¿Es así? Bien, váyase a la mierda. *Vada all'inferno.* Vamos, Charlie.

-Tengo que tomar mi tren –dije.

-Lo siento, hijito –dijo mi padre-. Lo siento muchísimo. –Me pasó el brazo sobre los hombros y me apretó contra su cuerpo. –Te acompañaré a la estación. Si hubiéramos tenido tiempo de ir a mi club.

-Está bien, papá –dije.

-Te compraré un diario –dijo-. Te compraré un diario, para que leas en el tren. Se acercó a un puesto de periódicos y dijo:

-Amable señor, ¿tendría la bondad de hacerme el favor de venderme uno de sus malditos diarios vespertinos, esos que no sirven para nada y cuestan diez centavos? –El empleado se apartó de él y miró fijamente la tapa de una revista. –¿Es mucho pedir, bondadoso señor –dijo mi padre-, es mucho pedir que me venda de esos asquerosos especímenes del periodismo amarillo?

-Tengo que irme, papá –dije-. Es tarde.

-Vamos, espera un momento, hijito –dijo-. Nada más que un segundo. Quiero que este tipo me conteste.

-Adiós, papá –dije, y bajé la escalera y abordé mi tren, y fue la última vez que vi a mi padre.